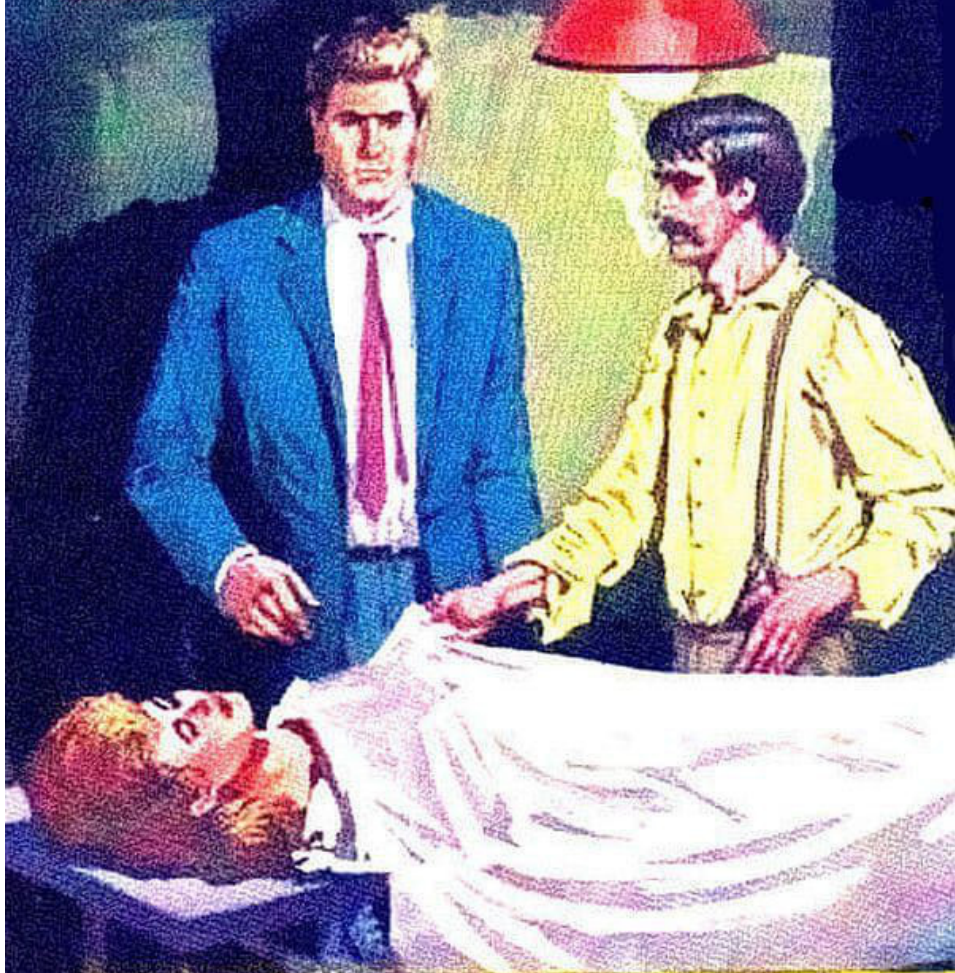


S
S

SERVICIO SECRETO

B
B



A TU SALUD, ASESINO
clark carrados

En su silenciosa inmovilidad, poseía la helada belleza de la muerte.

«Caronte» Smith mantenía levantada una punta de la sábana para que Jay Armand pudiera contemplar mejor aquella belleza. Smith era el vigilante de la Morgue o depósito de cadáveres, y Jay Armand un joven periodista.

Aun después de muerta conservaba plenamente su magnífica hermosura. Yacía con los brazos a lo largo del cuerpo, bello y blanco como una estatua de mármol modelada por Fidias, y los negros cabellos recogidos bajo la cabeza. Tenía los ojos cerrados y en sus labios, que apenas habían perdido el color, parecía flotar una débil y enigmática sonrisa.

—¿Se sabe quién es el asesino? —preguntó Armand en voz baja, como si le doliera quebrantar aquel silencio.

El vigilante sacudió la cabeza.



Clark Carrados

A tu salud, asesino

Bolsilibros - Servicio Secreto - 642

ePub r1.0

Lds 11.10.17

Título original: *A tu salud, asesino*

Clark Carrados, 1962

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





CAPÍTULO PRIMERO

En su silenciosa inmovilidad, poseía la helada belleza de la muerte.

«Caronte» Smith mantenía levantada una punta de la sábana para que Jay Armand pudiera contemplar mejor aquella belleza. Smith era el vigilante de la Morgue o depósito de cadáveres, y Jay Armand un joven periodista.

Aun después de muerta conservaba plenamente su magnífica hermosura. Yacía con los brazos a lo largo del cuerpo, bello y blanco como una estatua de mármol modelada por Fidias, y los negros cabellos recogidos bajo la cabeza. Tenía los ojos cerrados y en sus labios, que apenas habían perdido el color, parecía flotar una débil y enigmática sonrisa.

—¿Se sabe quién es el asesino? —preguntó Armand en voz baja, como si le doliera quebrantar aquel silencio.

El vigilante sacudió la cabeza.

—No, creo que no. Al menos, los policías que acompañaban a los de la ambulancia dijeron que era el crimen más misterioso con que se habían topado en los últimos años.

La muerta tenía un agujero apenas perceptible en el centro del pecho, entre los dos senos, un orificio alargado, de poco más de un centímetro. No presentaba ninguna otra lesión, y la muerte, según se advertía por la herida, debía haber sido instantánea.

—Fue a la hora de más circulación —siguió Smith.

—Los policías que tomaron declaración a los testigos, dijeron que la chica lanzó un grito y cayó al suelo. En el primer momento todo el mundo creyó que se trataba de un desvanecimiento. Después..., bien, aquí está.

—¿De modo que la asesinaron en mitad de la calle... y nadie vio al asesino?

Smith sacudió vigorosamente la cabeza.

—No —y fue a cubrir de nuevo el cadáver, pero Armand le contuvo.

—Espera, déjame verla un momento más.

La examinó silenciosamente. Parecía haber tenido entre veinticinco y treinta años en el momento de su muerte. Viva, moviéndose con gracia, sonriendo con labios llenos de color y de vida, y vestida adecuadamente, debía haber sido una mujer espléndida.

Y ahora ya no era más que una fría estatua de pobre carne, en la que dentro de poco entraría a saco el impío bisturí del forense para la autopsia.

—Puedes taparla, Smith —dijo roncamente el periodista.

Había visto muchos muertos, pero aquella muchacha le impresionaba.

«Caronte» dejó caer la sábana. Luego empujó la bandeja sobre la cual descansaba el cadáver hacia el armario frigorífico. Armand se estremeció al oír el ruido que hacía la bandeja, tan semejante al de un archivador metálico de oficina: un ruido frío, impersonal. ¿Y no se archivaban allí los cadáveres de las personas que morían violentamente?

Armand entregó un billete de dólar al vigilante.

—Toma, «Caronte», para que te echas un trago.

El viejo soltó una risita.

—Sí, a la salud del asesino. Lo que se estará riendo ahora.

Salieron. Armand respiró a pleno pulmón el aire de las estancias superiores. Pese a los armarios frigoríficos, en la Morgue siempre había un continuo olor a fenol y otros desinfectantes, denso y pesado hasta hacerse obsesionante.

—¿Quién está encargado del caso?

—El teniente Berryan.

—Gracias, «Caronte».

Armand salió del depósito a la calle. Llamó un taxi.

—A la Jefatura de Policía.

Quince minutos después, el auto le depositaba ante el sitio indicado. Abonó la carrera y entró en el edificio, saludando a los guardias.

Subió al cuarto piso, donde estaba situada la oficina del teniente

Berryan. Buscó la puerta correspondiente, hasta hallar la que deseaba.

Abrió sin llamar. El teniente Berryan, de la División de Homicidios, estaba hablando con un hombre. Era el sargento Martino, un tipo membrudo y atlético, muy aficionado a usar los puños, lo cual no le impedía usar también el cerebro, a veces con notables resultados.

—Hola —saludó Armand, sentándose en un diván.

Sacó un cigarrillo y se puso a fumar.

El oficial de policía se enfrentó con el periodista.

—¿Y bien?

—Berryan, acabo de venir de ver a «Caronte».

El policía rió sin entusiasmo.

—Te habrá pedido un dólar para beber a la salud del asesino. Es su muletilla favorita.

—Como lo sabía, se lo di graciosamente. —Armand expulsó el humo de su cigarrillo—. Estuve viendo un cadáver, Berryan.

—¿Sí?

—Una chica morena, muy hermosa, con una puñalada en mitad del corazón. ¿Qué sabes del asunto?

Berryan tomó unos papeles de encima de su mesa.

—El crimen se produjo a las doce y treinta y ocho minutos, cuando la calle Figueroa estaba atestada de gente. Ya sabes, es un distrito comercial y todo el mundo, a esas horas, sale en manadas de sus oficinas para tomar el bocadillo del mediodía.

»Nadie se fijó en la muerte, como no fuera algún tenorio particular. A esa hora, todo el mundo tiene prisa en despachar su bocadillo para regresar cuanto antes al trabajo.

»Los testigos dicen que oyeron un grito y luego vieron a la chica que caía al suelo. Creyeron en un principio que había sido un desmayo. Luego, alguien la tomó el pulso y... Bien, nosotros acudimos más tarde.

—¿Es posible que una persona sea asesinada a pleno sol, sin que nadie se haya dado cuenta del crimen hasta que ha sido cometido? —preguntó Armand, muy extrañado.

Berryan sonrió de mala gana.

—Ve a la calle Figueroa y sitúate en sus aceras entre doce y una. No te quedes parado, camina en una u otra dirección. En dos

minutos recibirás más empujones y pisotones que los que hayas podido recibir en tu vida. Y la mayoría de las veces, por no decir todas, no verás a las personas que te empujan y pisotean.

»Ahora, ponte en el lugar del asesino. Avanza hacia la muerta, con el cuchillo escondido en la manga, y camina hacia su encuentro. Al llegar a su altura, la golpeas en el pecho. Le clavarás el puñal antes de que nadie se de cuenta. Sigue tu camino sin detenerte; total, acabas de tropezar con una persona y, muy educadamente, te has quitado el sombrero para murmurar un: “Excúseme”.

»Una persona que es acuchillada, aunque sea directamente en el corazón, se mantiene todavía en pie durante unos segundos, cinco, seis tal vez. La calle está atestada de gente. En esos cinco o seis segundos, tú has podido recorrer, pese al barullo, otros tantos pasos. Entre tú y la muerta hay ya quince o veinte personas.

»Ella cae. Algunos gritan: “Es un desmayo. Llamen una ambulancia”. Más tiempo que pasa. Más tiempo a tu favor. Ya has recorrido veinte o veinticinco metros. Quizá tienes ya tu coche preparado al borde de la acera. ¿Qué te importa a ti un pequeño corro de gente que se arremolina a lo lejos? ¿Qué te importa a ti lo que sucede? Tú eres un atareado ciudadano que debe ocuparse, ante todo, de su trabajo. Te sientas en el coche, arrancas... ¡y busca al asesino!

Armand colocó el cigarrillo entre el pulgar y el índice, y disparó éste. La colilla cayó justamente en el centro de la escupidera situada en el lado opuesto del despacho.

—Una explicación correcta y sensata. Y una buena dosis de astucia y sangre fría por parte del asesino para actuar de tal manera —comentó—. Matarla en pleno día, en la forma que me has descrito, significa que el asesino conocía detalladamente las costumbres de su víctima.

—Cuando se comete un crimen semejante, ¿qué asesino no estudia antes, si no los sabe ya, los hábitos de su víctima? Ha sido una muerte fría y deliberadamente planeada, y ejecutada con no menores frialdad y deliberación. Y sobre todo, con seguridad. Bastó un solo y certero golpe para despacharla. Sólo tuvo tiempo de quejarse. Nadie vio más. Hemos interrogado de forma exhaustiva a los testigos del suceso y todos coinciden en lo mismo: un grito, una

mujer que cae y...

—¿Tienes algún dato personal de ella?... ¿Quieres dármelo, por favor?

Berryan sonrió sin entusiasmo.

—¿Quieres hacer el detective por tu cuenta, Jay?

El periodista hizo un gesto ambiguo.

—Me interesa. Es un suceso que se sale fuera de lo corriente. Quisiera averiguar cuantos datos me fueran posibles para publicar un buen reportaje.

—Vivía en la calle Hennyson cuatrocientos treinta y siete, en una residencia para mujeres solas. No se le conocían amigas, por lo menos en donde se hospedaba. La encargada ha declarado que no se relacionaba con las otras huéspedes. Trabajaba como mecanógrafa en la «Cortons Insurance», de la calle Figueroa. Era puntual y eficiente. Sus jefes estaban contentos de ella y le habían prometido un aumento de sueldo para dentro de poco. Nadie sabía gran cosa de su vida, pero todos la estimaban y tenían en gran aprecio. Creen que era una mujer decente, aunque nunca supieron su estado civil.

—Soltera, casada, viuda o divorciada.

—Exactamente.

—¿Encontrasteis algo en el bolso?

—Lo usual. Una tarjeta de seguridad social, un permiso de conducción, un billetero con sesenta y dos dólares, algo de moneda suelta, cigarrillos, fósforos... y los artículos corrientes de tocador de una mujer hermosa.

—¿Sus ropas?

—Buenas, pero corrientes. Quiero decir que no eran de a dólar la pieza, ni tampoco de cien dólares. La ropa que llevaría una empleada de ciento treinta y cuatro dólares semanales.

—¿Joyas?

—Un relojito de oro, pero muy corriente. He calculado su precio en unos noventa o cien dólares. Una mecanógrafa que ahorre un poco puede llevarlo perfectamente.

—¿Y nada más, Berryan?

—Como no quieras su nombre, Jay...

—Sí, dímelo.

—Janice Peterson.

CAPÍTULO II

La señora Murrill era la encargada de la pensión donde había vivido Janice Peterson. Era una mujer enorme, de grandes pechos y abultadas caderas, con un rostro pétreo, en el que brillaban dos aceradas pupilas.

—¿La señorita Peterson? Una muchacha buena y distinguida si las había —contestó a las preguntas del periodista—. Jamás me dio la menor ocasión para tener que advertirla. Todas las demás, aunque también son buenas, cometen algún pequeño desliz de vez en cuando.

—¿Hombres en sus habitaciones?

Las grandes bolsas pectorales de la señora Murrill se agitaron temblequeantes.

—¡Jamás! —protestó airadamente—. ¡En mi residencia no toleraría esas cosas nunca, señor Armand! Como tampoco licores. Esta pensión es muy seria y formal, ¿se entera usted? Si alguna de mis huéspedes quiere tener un lío, que se lo busque fuera de mi casa.

—Una actitud muy lógica.

—Si tolerase tan sólo el grueso de una uña, en una semana se me convertiría esto en un infierno. Ya es bastante con las llamadas telefónicas que se reciben.

Sonó el teléfono. La manaza de la señora Murrill atrapó el aparato.

—¿Sí? ¿La señorita Carson? Un momento, por favor.

Delante de su mesa, la dueña de la residencia tenía un tablero con una triple hilera de botones numerados. Apretó uno.

—He tenido que instalarme este llamador —suspiró—. Yo ya no estoy para subir y bajar muchas veces las escaleras.

—¿Qué tal se portaba la señorita Peterson? —preguntó Jay, haciendo caso omiso de la voluble charla de la imponente mujer—. Me refiero a su vida privada.

—Siempre solía ser muy puntual. A las nueve y media de la noche estaba ya en su habitación. Se comprende; una chica que trabaja tiene que madrugar.

—¿Tenía amistades?

—Fuera de aquí, en todo caso. Con las demás chicas no se relacionó jamás, excepto para saludarlas cuando se cruzaba con ellas.

La puerta del despacho se abrió, y una rubia de formas voluptuosas penetró en la estancia. Se detuvo un instante, sorprendida por la presencia del periodista, pero luego avanzó resuelta hacia el teléfono.

La rubia agarró el aparato y se puso a hablar, sentándose sobre la esquina de la mesa. Daba la espalda a la dueña de la pensión y el costado izquierdo a Jay. Habló solamente a base de monosílabos, aunque sonriendo ampliamente. Al terminar, colgó y sonrió más ampliamente todavía.

—Gracias, señora Murrill.

Guiñó el ojo a Jay y se alejó con gran contoneo de sus protuberantes caderas.

Armand miró a la dueña de la pensión. La señora Murrill estaba roja como un pimiento.

—Esta señorita Henks... —masculló—. Cualquier día, cuando vuelva de trabajar, se encontrará con las maletas hechas. No me gusta, no, señor.

—¡Ejem...! —Jay tosió cortésmente—. Volvamos a la señorita Peterson. De modo que siempre era puntual y no trasnochaba nunca...

—¡Espere! —exclamó la señora Murrill—. Sí. Un día a la semana venía tarde. Eran los viernes. A las doce o doce y media, nunca más de la una.

—Iría al cine o a algún teatro —comentó Armand intrascendentemente.

—Muy posible —concordó la dueña de la pensión.

Armand se puso en pie.

—Me gustaría echar un vistazo a su habitación. ¿Puedo hacerlo,

señora Murrill?

La mujer torció el gesto.

—No sé si debo... La policía... —vaciló.

—La policía no sabrá nada por mí, ni yo mencionaré para nada en mi reportaje su residencia, señora Murrill. A menos que usted lo prefiera, naturalmente.

—¡Cielos, no! —exclamó ella—. ¡Perdería en un instante toda mi buena reputación! ¡Y no digamos nada de la clientela! ¡No, absolutamente, no! Le dejaré ver la habitación..., aunque no me fío mucho de ustedes, los periodistas.

—Le aseguro que yo... —Jay se puso la mano en el pecho.

—Usted parece buena persona, por eso le dejo hacer lo que va a hacer. Pero no verá nada; la policía ya ha estado revolviéndolo todo. ¡Qué tipos más patosos! —comentó la dueña de la pensión desdeñosamente.

Subieron al primer piso. La señora Murrill extrajo una llave de uno de los bolsillos de su enorme vestido y abrió la puerta.

El cuarto era corriente: una cama, dos sillas, una mesita de noche, un pequeño «secreter», y un cómodo sillón en un rincón. El armario estaba empotrado en el muro.

—Lo revolvieron todo esos «pies planos» —masculló la señora Murrill—. Si hubieran tenido que ordenarlo ellos...

Jay examinó minuciosamente el «secreter». Si había habido papeles, los hombres de Berryan habían arramblado con todo.

El armario estaba lleno de ropa, impregnada de un suave y agradable perfume. Jay buscó minuciosamente en los bolsillos de los trajes y abrigos, sin encontrar nada aprovechable.

Al cabo de un rato dio por terminada la búsqueda. «Estás perdiendo el tiempo miserablemente», se dijo.

De pronto, su vista captó una nota de calor debajo de la mesita de noche. Jay se inclinó y extrajo un sobrecito con fósforos, en cuya tapa se veía la propaganda de un bar: el «Unicorn».

Se lo guardó.

—Mil gracias por su amabilidad, señora Murrill —saludó, acompañando la frase con un billete de cinco dólares.

Era ya de noche cuando salió a la calle. Le hubiera gustado entrevistar a alguno de los jefes de la muerte, pero desconocía su domicilio, y aunque podía haberlo hallado a fuerza de paciencia,

prefirió esperar al día siguiente y verlos en las propias oficinas de la «Cortons Insurance».

Mientras caminaba lentamente, pensó en Janice Peterson. Su helada belleza le había impresionado profundamente. Una mujer muerta... en la flor de la edad... y de un modo tan misterioso...

¿De dónde había salido? ¿Quiénes eran sus padres? ¿Dónde había nacido? ¿Tenía amigos? ¿Novio, prometido, esposo...?

Lo único cierto era que la habían matado.

Y nadie sabía quién era el asesino.

Ni los motivos.

Janice Peterson, apuñalada en plena vía pública, al mediodía y muerta ante los espantados ojos de decenas de espectadores.

En sus treinta y un años de vida, doce de los cuales habían estado entregados íntegramente al periodismo, Jay Armand había visto muchas muertes violentas. Muchos crímenes, sobre todo. Pero ninguno le había, impresionado tanto como la muerte de Janice Peterson.

La helada belleza de la muerte...

Se estremeció al pensar que, quizá en aquellos momentos, el bisturí del forense estaba rasgando el hermoso cuerpo de la muerta.

Y nadie se había presentado a reclamar el cadáver.

¿No tenía parientes o amigos?

¿Era sola en el mundo?

Sola no. Alguien la conocía.

El asesino.

CAPÍTULO III

Entró en el «Unicorn».

El «Unicorn» estaba situado en la calle Benton. Era preciso descender casi una docena de escalones para llegar al local.

Éste no era muy grande: un mostrador, doce mesas escasas, ocupadas la mitad a aquellas horas, una gramola automática y una cabina telefónica. Tras el mostrador, un barman con cara de caballo.

Había humo. La gramola desgranaba las notas melancólicas de «Ramona». Las conversaciones se mantenían en voz baja.

Jay se acercó al mostrador. Pidió una copa.

—¿A la salud del asesino? —murmuró para sí.

Tomó un sorbo. Le interesaba el crimen.

—Oiga —llamó.

El barman acudió.

—¿Señor?

Jay le enseñó su carnet de Prensa.

—Pertenezco al «Leader» —dijo.

—Lo suelo leer de cuando en cuando —murmuró el barman sin entusiasmo.

—Ando recogiendo informes acerca de una persona que solía venir aquí. Quizá usted la recuerde.

—¿Sí?

—Era alta, pelo negro, muy hermosa, veintisiete años más o menos, y se llamaba Janice Peterson.

Apoyó la pregunta con un billete de cinco dólares. Se estremeció. «A este paso, voy a tener que pedir limosna antes de fin de mes...».

—Sí —contestó el del mostrador, asiendo el billete—. La

recuerdo.

—¿Venía mucho por aquí?

—Una vez por semana.

—¿Cuándo?

—Los viernes.

«Los viernes», pensó el joven.

—¿Se entrevistaba con alguien?

—Sí.

—¿Nombre y domicilio?

—El domicilio no lo sé. El nombre es Bart Clary.

—¿Tiene alguna idea de dónde puedo encontrar a ese tal Clary?

—Pregunte en el «Karryng». Es un salón de billares situado dos manzanas más abajo. Suele ir allí todos los días.

—Gracias.

Jay apuró la copa y se dirigió hacia la puerta.

En aquel momento, una mujer entraba en el local. Jay se echó a un lado.

Era alta y delgada, aunque con curvas que destacaban generosamente bajo el impermeable que las cubría. Llevaba en las manos un paraguas de color azul, tanto como sus ojos, que le miraron fría y desapasionadamente. A pesar de que llevaba la cabeza cubierta a medias por un pañuelo del mismo color que el paraguas, se le podía ver el cabello, castaño rojizo, tirando a oscuro, cortado muy corto, casi como un muchacho.

Jay la miró también. La cara le pareció conocida. ¿Dónde la había visto antes de ahora?

Se encogió de hombros y salió a la calle.

Llovía mansamente. Era una lluvia muy fina e imperceptible, pero que acababa calando hasta los huesos. Además, había una neblina no muy espesa, que amarilleaba las luces y hacía borrosas y vagas las figuras. El suelo brillaba como un vidrio negro.

Llegó al «Karryng». Entró.

La atmósfera era espesa e incluso olía mal, a pesar del fuerte perfume del desinfectante. Todas las mesas estaban ocupadas por jugadores que manejaban entusiásticamente los tacos de billar. También había otros juegos.

En un rincón se veía un mostrador para servir bebidas a los clientes.

El ruido de las bolas chocando entre sí era incesante. Jay detuvo a un individuo que circulaba por entre las mesas de juego, vigilando a la concurrencia. El hombre iba en mangas de camisa, llevaba cuello negro con pajarita del mismo color y visera de celuloide verde.

—Oiga.

El hombre se paró, mirándolo inquisitivamente.

—Periodista —dijo Jay. Enseñó su tarjeta—. Del «Leader».

—¿En qué puedo servirle? —preguntó el empleado.

—Me han dicho que un tal Bart Clary suele venir mucho por aquí.

—Sí.

—¿Ha venido hoy?

—No.

—¿Dónde vive?

El empleado arrugó el ceño.

—¿Por qué quiere saberlo?

—Ya se lo he dicho antes. Periodista.

—No sé si estará en casa...

—Déjelo de mi cuenta, amigo. —Jay suspiró: «Otro billete de a cinco que vuela. Y van...».

El empleado miró el billete y luego hizo un gesto vago.

—Clarence Road, ochocientos.

Jay se tocó con dos dedos el ala del sombrero.

—Gracias.

Y se dirigió hacia la puerta.

Al abrirla se topó con la mujer del paraguas azul.

Se echó a un lado, quitándose el sombrero cortésmente. Ella agradeció el saludo con una leve inclinación de cabeza.

¿Dónde había visto aquella cara?

Tomó un taxi. Clarence Road estaba bastante lejos y además llovía.

¿Por qué un ciudadano como Clay acudía a divertirse tan lejos, casi de extremo a extremo de la ciudad?

Janice Peterson era puntual todos los días para recogerse. Menos los viernes.

El día en que se entrevistaba con Clary en el «Unicorn».

¿Por qué los viernes precisamente?

¿Quién había sido el asesino?

Embebido en sus pensamientos, no se dio cuenta de que había llegado a Clarence Road hasta que el coche detuvo su marcha.

—Un dólar ochenta y dos centavos, señor —dijo el taxista.

Jay le entregó dos. Se subió el cuello de la gabardina y salió a la acera mojada.

Miró hacia arriba. El 800 era una casa relativamente moderna, de diez o doce pisos, dedicada seguramente a apartamentos. No obstante, su aspecto no era de excesivo lujo.

El conserje estaba adormilado, sentado en una silla.

Jay pegó una fuerte palmada sobre el mostrador de «recepción».

—¿El apartamento de Clary? —preguntó.

—Noveno piso, ocho C.

—Gracias.

El conserje volvió a dormirse. Podrían asesinar a la mitad de los inquilinos; él no se enteraría. Y Jay no creía que tampoco se preocupase demasiado si sucedía algo por el estilo.

Llegó al apartamento de Clary. Llamó.

La puerta se abrió sesenta segundos después. Un hombre, vestido con una bata japonesa, le miró con ojos cargados de sueño.

Era joven, de cabellos negros y ensortijados, con una pequeña papada bajo la barbilla. Tenía los labios violáceos.

—¿Sí? —dijo de mal talante.

Jay dio su nombre y, una vez más, enseñó el carnet de Prensa.

—¡Periodista! —resopló Clary.

—Sí. ¿Puedo pasar?

Clary se echó a un lado. Cerró y rastrilló su pelo con los dedos. Sin ocuparse demasiado de Armand se dirigió hacia un aparador cercano y se sirvió una copa de licor. No invitó a su huésped.

—Usted dirá, señor Armand.

—¿Conocía a Janice Peterson?

La mano que sostenía la copa tembló ligeramente.

—Eso es asunto mío.

—Y de la policía —dijo Jay escuetamente.

—¿La policía?

—Sí. Janice ha sido asesinada.

Clary despachó su copa de un golpe.

—Vaya, ¿quién lo hubiera dicho?

—¿Era su novia?

—No.

—¿Amiga?

Clary se sirvió más licor. Quedó con la espalda vuelta al joven.

—¿Por qué tantas preguntas? —Gruñó.

—Soy periodista, recuérdelo.

—No es obligación contestar a las preguntas de los periodistas.

—Pero sí a las de la policía.

—Entonces, espere a que vengan a interrogarme.

Jay se puso un pitillo entre los labios.

—¿Por qué se muestra reacio a cooperar?

—¿Cooperar... en qué, Armand?

Jay pensó: «Es un tipo duro, roqueño».

—¿No le gustaría que se descubriese al asesino de Janice, Clary?

—Por supuesto.

—Entonces, ayúdeme. Era una chica muy hermosa.

—Sí. Pero ¿qué quiere que le diga?

—Lo que sepa de ella.

—No es mucho. Éramos amigos, simplemente. Nos gustaba reunirnos de vez en cuando para charlar.

—¿Sólo para charlar?

Clary se volvió. Sus ojos llameaban.

—Escuche, ya le he dicho cuanto sé. Ahora, lárguese.

Jay expulsó el humo de su cigarrillo.

—Usted sabe mucho más de Janice de lo que aparenta. ¿Por qué no lo suelta?

—Fuera de mi casa, entrometido.

—Cuando venga la policía, no podrá decirles lo mismo. Entonces tendrá que hablar.

—Con mi abogado al lado.

—¡Ah! —exclamó Jay—. ¿Luego teme usted algo?

Clary bebió la segunda copa. Luego la tiró a un lado y avanzó hacia el joven. Sus hombros, macizos y poderosos, destacaban bajo la bata japonesa.

—He dicho que se vaya, Armand.

El joven sostuvo sin pestañear la mirada de su interlocutor.

—¿Para qué se reunían todos los viernes por la noche en el «Unicorn»?

Los ojos de Clary ardieron durante un segundo. De pronto, sin previo aviso, disparó su puño cerrado.

Jay retrocedió dos pasos, tropezó con un sillón y dio la voltereta completa.

Quedó medio tendido en el suelo, aturdido por el golpe. Sintió que Clary se le echaba encima.

Clary le agarró por la chaqueta y lo puso en pie. Acto seguido, le golpeó en el pómulo con la izquierda y luego le clavó el puño derecho en el estómago.

Jay sacó el aire de sus pulmones. Instintivamente, levantó los brazos para protegerse.

Un puño se le clavó en el costado izquierdo. Jay levantó la pierna derecha.

Clary aulló al sentir el impacto en su rodilla. Le golpeó con saña en el tórax.

Jay retrocedió. Se hubiera defendido mejor, pero el primer puñetazo había anulado buena parte de su capacidad física.

Logró conectar un derechazo a la nariz de su enemigo. Clary empezó a sangrar.

El periodista contraatacó. Colocó dos buenos golpes en el estómago de su oponente. De pronto, Clary usó la rodilla derecha.

Jay sintió como si le hubieran clavado un hierro candente en el bajo vientre. Sintió unas horribles náuseas y se agarró la parte afectada con ambas manos.

En aquel momento oyó ruido de algo que se rompía sonoramente. Unos fragmentos de porcelana cayeron al suelo.

Las rodillas de Clary se doblaron. Jay lo vio todo a través de una bruma encarnada. ¿Quién había roto el jarrón sobre la cabeza de su oponente?

Extendió las manos, tanteando como un ciego en busca de un asidero. Encontró el brazo de un sillón y se sentó, jadeando afanosamente.

Trató de enfocar sus pupilas. Divisó una silueta azulada moviéndose por la habitación. Oyó el tintineo de una copa. Una mano le acercó la copa a los labios.

—Beba, esto le hará bien.

El alcohol llegó a su estómago, alentándole. Reaccionó.

Su visión se hizo correcta. Entonces se encontró frente a frente

con la muchacha del paraguas azul.

CAPÍTULO IV

Ella dejó el paraguas a un lado y se quitó el impermeable.

—Póngase cómodo, Jay. —Su voz era suave, densa, acariciadora —. Voy a traerle un poco de café.

Jay miró en torno suyo. Se encontraba en la casa de una artista, no le cabía la menor duda.

Después de comprobar que Clary estaba solamente atontado a causa del golpe recibido, se habían marchado. Ella habíase negado a hablar por el momento.

—Mejor en mi casa y a solas, ¿no cree?

Y Jay, intrigado y curioso, había aceptado. Ahora estaba en casa de la muchacha, cuyo nombre desconocía aún.

Pero ¿a quién le recordaba ella? ¿Dónde había visto su cara antes de ahora?

Estaba en el estudio, una habitación muy grande, con dos muros y parte del techo todo de cristales, sobre los cuales batía la lluvia mansamente. Un hábil sistema de cortinajes impedía que se viera lo que sucedía en el interior por la noche.

Se sentó en un cómodo diván, contemplando los dibujos que había en las paredes. Eran sencillos, casi primitivos, con un aire rupestre que les confería una gran fuerza de expresión. Colores simples, distribuidos en sectores tajantes y rotundos.

Ella volvió minutos después. Oyó sus pasos por la escalera que conducía al estudio, situado en el piso superior de la casa. Algunos peldaños crujían suavemente.

Entró con una bandeja en las manos. Vestía un «pullover» negro, que delimitaba su busto fino y compacto, y una falda gris oscuro. Sus zapatos eran también negros, con el tacón tan agudo como un puñal. Se había quitado el pañuelo de la cabeza.

Los labios eran rojos, gordezuelos, cálidos y llenos de rica vida. Los ojos grandes y rasgados, las pupilas de un azul oscuro insondable. Los pómulos ligeramente salientes y las manos largas y finas, pero fuertes. No tenía pintadas las uñas, aunque sí muy bien cuidadas.

Ella sirvió el café hábilmente. Jay tomó una taza.

—Muy bueno —elogió. Todavía le dolía el mentón y el pómulo. Éste empezaba a hincharse.

—Gracias.

La muchacha se sentó frente a él, con las piernas muy juntas y los brazos apoyados sobre las rodillas. Le miró a la cara.

—Mi nombre es Myra Radd. Janice Peterson era mi hermana.

Jay estuvo a punto de dejar caer la segunda taza de café.

—¡Su... hermana! —repitió en el colmo del asombro. Ahora comprendía por qué el rostro de la muchacha le había parecido conocido.

Variaba mucho una persona de verla viva a verla muerta, de verla sin respiración, con los ojos cerrados y los cabellos largos, aunque recogidos bajo la nuca, sin un gramo de ropa encima, a verla con el pelo muy corto, viva, cálida y palpitante y vestida de un modo sencillo pero severo. No era extraño que hubiera tardado tanto en reconocer la semejanza fisonómica.

—Sí, mi hermana —repitió Myra.

—Pero ¿el apellido?

—Yo también me llamo Peterson. Radd queda mejor, sin embargo, para la firma artística.

—Comprendo. Siento de veras lo que ha ocurrido.

Myra tomó un sorbo de café. Su rostro estaba tan blanco como la taza que sostenía en las manos.

—Janice y yo vivíamos independientes la una de la otra. Un extraño habría dicho que estábamos reñidas. No era así, aunque se le parecía bastante.

—¿Por qué?

—A ella no le gustaba mi modo de vivir... y a mí no me gustaba el suyo.

—Explíquese.

—Ella prefería la seguridad de un sueldo a la incertidumbre y el azar de un arte.

Jay paseó la vista en torno suyo.

—Su arte es magnífico, Myra... ¿Para quién trabaja?

—Vivo gracias a las ilustraciones que hago para periódicos y revistas. No me gusta, pero he de comer tres veces al día. Cuando tengo tiempo libre, pinto. Un día expondré mis cuadros.

—Y se los quitarán de las manos.

Myra sonrió amargamente.

—Hay miles de pintores que lo hacen mejor que yo. Pero hablemos de Janice. ¿Qué es lo que sabe usted, Jay?

Se llamaban por los nombres, prescindiendo de tratamientos envarados.

—Alguien la acuchilló en plena calle y a la hora de mayor tránsito. Eso es todo... salvo que Clary no quiso hablar. Su aparición muy oportuna.

—Sí —contestó ella pensativamente—. Se reunía con Clary todos los viernes a las diez de la noche en el «Unicorn». ¿Para qué?

Jay permaneció silencioso.

—Se lo dijo el barman, ¿no?

—Sí.

—Entonces, los dos hemos olvidado una cosa, Myra.

—¿Cuál?

—Janice volvía a la pensión de la señora Murrill a las doce o las doce y media. ¿Estaba con Clary todo el tiempo en el bar? ¿O se iban a alguna otra parte?

—Es cierto —murmuró Myra.

—Lo averiguaré mañana. La actitud de Clary es harto sospechosa.

—¿Por qué no habrá querido hablar? Salvo ese lunar de los viernes, la vida de mi hermana era diáfana. Sin amistades, sin relaciones, limitándose estrictamente al trabajo... No acabo de comprender por qué la asesinaron.

—Mañana volveré a ver a Clary. Y le aseguro que no me cogerá desprevénido, como esta vez.

—Es una buena idea. Yo iré con usted.

Jay movió la mano.

—No. Esto es cosa para hombres. Usted se quedará aquí. Yo vendré a verla.

Myra hizo un gesto de descontento.

—Eso no me gusta.

—Lo siento. Insisto en ir yo solo.

—Conforme. Yo investigaré por otra parte. —Se puso en pie y se acercó a uno de los muros, descorriendo ligeramente una de las ventanas.

Hubo una pausa de silencio. Sólo se oía el levísimo chisporroteo de la lluvia.

—Janice y yo —habló ella por fin—, estábamos muy distanciadas. Pero era mi hermana. El asesino debe ser castigado.

—Sí.

—La policía investigará. Nosotros lo haremos por otra parte. Quizá así consigamos algo más positivo.

—Probablemente.

—¿Por qué se reuniría todos los viernes con Clary?

Jay no supo qué contestar a la pregunta.

Aunque acaso hubiera podido decir algo respecto a Clary. El aspecto del tipo no le había gustado, pesa a su indudable prestancia y apostura físicas. ¿A qué se dedicaba un individuo como Clary?

—Volveré mañana al «Unicorn».

Ella soltó la cortina y se volvió hacia Jay.

—Ayúdeme a encontrar al asesino —pidió.

Jay sonrió.

—Trataré de hacerlo. Sería un buen reportaje para el «Leader».

—¿Lo va a hacer sólo por el reportaje?

Había una nota de decepción en la voz de la muchacha.

—Los policías trabajan en favor de la justicia —dijo el joven—. Yo debo buscar ante todo, la novedad para mi público. Lo cual, indirectamente, es un modo también de trabajar para la justicia.

—Sí. —Myra sonrió amargamente—. Hubiera sido demasiada presunción por mi parte pensar que quería buscar al asesino de Janice sólo por mí.

—Ahora existe ese doble motivo —exclamó él audazmente.

El seno de Myra palpó suavemente. No contestó.

Jay sacó un cigarrillo. Ella se le acercó, tomándoselo con suave gesto y se lo puso entre los labios.

Fumaron. La lluvia tamborileaba sordamente contra los cristales.

—Encuentre al asesino de Janice —dijo ella.

Jay se puso en pie. Asió a la muchacha por los hombros.

—Lo haré, Myra. —La miró intensamente—. ¿No puede decirme algo más acerca de ella?

—No. Nos veíamos escasas veces y apenas hablábamos de nuestros asuntos. Sólo de temas indiferentes. Ni yo sabía cuáles eran sus amistades ni ella sabía cuáles eran las mías.

—Extraña relación entre hermanas.

—Ya le dije que estábamos distanciadas. Ella insistía siempre en que entrase a trabajar en la «Cortons Insurance». Estoy graduada en secretariado comercial, pero dibujar me ha gustado siempre más.

—Lo comprendo. Bien, he de irme. Myra, su intervención fue muy oportuna. Clary me hubiese dado una verdadera paliza sin usted.

Ella sonrió pálidamente.

—Me divirtió mucho romperle el jarrón en la cabeza.

—A él no, seguro.

Soltó sus hombros. Jay se sentía extrañamente atraído hacia Myra.

Sonrió.

—Buenas noches, Myra.

—Buenas noches, Jay.

CAPÍTULO V

El director del «Leader» miró a Jay.

—Sí —dijo, tamborileando con los dedos sobre la mesa—, puede ser un buen asunto.

—Quisiera su permiso para proseguir las investigaciones —pidió Jay.

—Lo tiene, Armand. Consiga un buen resultado y habrá hecho su fortuna.

—Gracias, señor Martin.

Jay salió de la oficina y pasó por Caja. Tenía que reponer fondos.

Después tomó un taxi y se dirigió a la calle Figueroa. Entró en el edificio de la «Cortons Insurance» y pidió ver al director.

En lugar del director le recibió una estirada secretaria, con gafas de gruesa montura negra y muy poca cosa debajo de su blusa.

—El señor

O'Moyne

está ahora muy ocupado —dijo.

—Esperaré.

La secretaria le miró fríamente. Al fin, encogiendo los huesudos hombros, se sentó ante su mesa y empezó a teclear furiosamente en su máquina.

Pasó media hora larga. De vez en cuando, la secretaria hablaba brevemente por teléfono. El repiqueteo de la máquina de escribir empezó a crispar los nervios del joven.

De pronto se abrió una puerta. Un hombre salió por ella.

—¡Señorita Hickson...! —Y se interrumpió.

Miró a Jay con irritación.

—¿Quién es usted? —preguntó.

El joven se puso en pie.

—Jay Armand, del «Leader». Hace más de media hora que estoy esperando para poder hablar con usted, señor O'Moyne.

El gerente de la Compañía era un tipo alto, atlético, de unos cuarenta y cinco años, con pelo entrecano, pero todavía atractivo para las mujeres. Después de unos segundos de vacilación, dulcificó su rudo gesto.

—Está bien, pase usted, señor Armand.

Jay entró en el despacho.

O'Moyne

dio algunas instrucciones a su secretaria y luego cerró a sus espaldas, yéndose tras su mesa.

—¿Y bien, señor Armand? Supongo que viene usted a verme en relación con la desgraciada muerte de la señorita Peterson.

—Así es, señor

O'Moyne.

Deseo publicar un buen reportaje en mi periódico y estimaría mucho que usted me facilitase todos los datos posibles acerca de La difunta.

O'Moyne

meditó unos segundos. Apoyó las manos sobre la mesa y entrelazó los dedos.

—No es mucho lo que puedo decirle acerca de la pobre señorita Peterson. De su vida privada no sé nada, aunque tengo la sensación de que era irreprochable. Bien es verdad que la empresa no se mete con lo que hacen sus empleados fuera de las horas de trabajo, aunque, por supuesto, tampoco toleraríamos nada que fuese demasiado... ¿cómo lo diría yo...?

—Escandaloso —apuntó el joven.

—Escandaloso, sí, eso es. Pero la señorita Peterson era muy digna, muy eficiente en su trabajo, callada, nada dada a los chismes ni a la murmuración, puntual... en fin, una joya como empleada. Personalmente estaba muy contento con su labor, hasta el punto de que en fecha muy breve iba a proponerla para un sustancioso aumento de sueldo.

—Unas noticias muy reconfortantes, señor

O'Moyne,

pero que no me ayudan mucho en mi labor —expresó Jay. O'Moyne sonrió untuosamente.

—¿Qué más podría decirle yo, señor Armand? Eso es todo lo que sé.

—¿Conocía usted a algunas de las amistades de Janice Peterson?



—En absoluto.

—¿Cuánto tiempo llevaba empleada en la casa?

—Unos tres años, aproximadamente. Era muy eficiente...

—Eso ya me lo ha dicho. ¿La notó usted turbada en los últimos tiempos?

—¿Cómo quiere decir?

—Pues, como si ella temiese o sospechase algo. Como si estuviera esperando que fueran a matarla o, por lo menos, a causarle algún daño.

—Por supuesto que no. Además, era mujer muy poco dada a expresar sus emociones. Puede hablar con cualquiera del personal de la empresa —agregó

O'Moyne

—. Con entera libertad. Pero estoy seguro de que todos le dirán lo mismo.

—¿Apuros económicos?

—Que yo sepa, jamás pidió un dólar anticipado al cajero. Bien es verdad, por otra parte, que tampoco: concedemos anticipos si no es en casos extremadamente justificados.

Jay movió la cabeza. Sonrió mientras se incorporaba.

—De todas formas, un millón de gracias, señor

O'Moyne.

—Me gustaría que descubriera al asesino, señor Armand —dijo el gerente con voz súbitamente dura—. Janice era una buena chica y no merecía morir así.

—Quizá algún admirador despechado —sugirió el joven.

—No estamos en algún país latino —dijo

O'Moyne,
ofendido.

Jay se echó a reír.

—Se sorprendería usted de la cantidad de amantas despechados que matan a la mujer que los despeña, al cabo del año. La sangre, cuando hierve, hierve igual en todos los países, señor

O'Moyne.

Bien, no quiero robarle más tiempo del preciso; ya le he entretenido bastante. Buenos días.

—Buenos días, señor Armand.

Jay salió del edificio, dándose cuenta, de que se había olvidado de formular una pregunta al gerente de la «Cortons Insurance». Pero al mismo tiempo se dijo que no era necesario molestarle de nuevo.

Volvió a subir en el ascensor y buscó a la secretaria de gafas negras y pecho liso, la cual le acogió con la misma sequedad de antes.

—Escuche, señorita —dijo amablemente—, sólo una pregunta.

Relativa a Janice Peterson.

—¿Sí? —dijo la mujer sin entusiasmo.

—¿Sabe usted dónde solía tomar ella su bocadillo de mediodía?

—Sí. En el

«Grantham's»,

a media manzana del edificio.

—Gracias.

Unos minutos más tarde, Jay se hallaba encaramado en uno de los taburetes del local indicado. Pidió una cerveza.

Al beber el primer trago, no pudo por menos de recordar la frase consuetudinaria de «Caronte» Smith.

—A la salud del asesino.

La cerveza le supo más amarga que de costumbre.

Encendió un cigarrillo. Agitó la mano.

El barman acudió.

—¿Señor?

—Soy periodista. Estoy haciendo un reportaje acerca del crimen que se cometió ayer al mediodía, no lejos de este local.

—Entiendo, señor. Conocía a la muerta. Era una muchacha muy seria, aunque agradable en el trato, a pesar de que casi no hablaba con nosotros. Una verdadera lástima, señor.

—Opino lo mismo, chico. ¿Qué más sabes de ella?

—Nada más. Venía aquí, pedía un bocadillo y una taza de café, comía y bebía, pagaba y luego se marchaba.

—¿Sola?

—Por regla general, sí.

Jay captó la frase.

—¿Por regla general? ¿Es que alguna vez solía venir acompañada?

—Bueno, acompañada, no es la frase exacta, señor. Digamos mejor que el tipo se reunía aquí con ella.

—¿Quién era?

—No lo sé, señor.

—Al menos, recordarás su aspecto —dijo el joven, pensando en Clary.

—¡Oh, por supuesto! Era un tipo menudito, gordo, calvo como una bola de billar. Siempre estaba sudando y no paraba de limpiarse con un pañuelo verde.

Jay procuró ocultar la decepción que sentía. Así pues, Clay quedaba solamente para el «Unicorn».

—¿De veras no sabes su nombre?

—No... bueno, ella solía llamarle Chick. La verdad, llamar pollo a un tipo de casi cincuenta años, no casaba mucho.

—Chick —murmuró Jay, absorto.

—Así era, señor.

El joven meditó unos momentos.

—Supongo —dijo al cabo—, que no sabrás dónde vive ese tal Chick.

—Oh, claro que no... aunque, escuche. En un par de ocasiones les oí mencionar a ambos un bar. Calculo que sería un bar, claro.

—El nombre de ese bar, pronto —pidió el joven.

—«Doryanna», señor.

Jay repitió el nombre. Después preguntó:

—Cuando venía Chick aquí, ¿estaban mucho tiempo juntos?

—Unos cinco o diez minutos. Lo justo para que él se tomase una copa.

—¿Te fijaste en si él le entregaba algo a ella o viceversa?

—No lo sé, era la hora del bocadillo y esto se llena de empleados. Compréndalo.

—Sí, claro. —Sacó un billete de cinco dólares y lo dejó sobre el mostrador—. Te lo has ganado, chico.

—¡Mil gracias, señor!

Jay encendió un cigarrillo y salió del bar, profundamente pensativo.

Aparentemente, Janice había sido siempre una empleada modelo, lo mismo dentro que fuera de la oficina. Pero los hechos, lo poco que Jay había podido averiguar, empezaban a demostrarle una cosa: la muerta había desempeñado una doble existencia.

¿En qué consistía la otra vida que llevaba Janise?

¿Qué hacía en los períodos en que vivía la otra existencia?

¿Quién era el misterioso Chick?

Bueno, algo podría averiguar yendo al «Doryanna».

Se acercó al bordillo de la acera, dispuesto a llamar un taxi.

Una voz dijo a su oído:

—Nosotros le llevaremos, Armand. Tenemos ahí el coche.

Y en el mismo momento, Jay sintió el contacto de algo duro

contra su costado.

CAPÍTULO VI

El coche estaba parado junto al bordillo de la acera. Era un «Cadillac» largo, negro, tipo embajador, cuya portezuela estaba obsequiosamente abierta por un tipo que le miraba con fijeza bajo el ala de su sombrero. Detrás del volante había otro, con la vista hipnótica mente fija al frente.

Jay lanzó un suspiro.

—Supongo que no tengo otro remedio que obedecer invitación tan gentil —dijo.

—Suposición acertada —dijo el pistolero lacónicamente—. Entre.

Jay avanzó hacia el coche. Miró al otro pistolero con aire reluciente y exclamó:

—Retírese.

El pistolero respingó.

—¡Cómo!

—He dicho que se retire. No tengo ganas de que me atice un golpe en la cabeza al agacharme para entrar. Iré de buena gana a donde quieran llevarme ustedes, pero si me tocan armaré el gran escándalo. Adentro, esbirro.

El pistolero consultó silenciosamente con su acompañante. Éste asintió.

Satisfecho, Jay entró en el coche rápidamente, sentándose antes de que ninguno de los dos pistoleros pudiera tocarlo. Conocía el truco y sabía que en el momento de introducir el cuerpo, un hombre estaba completamente indefenso y a merced de sus enemigos. De este modo pudo evitar un más que posible golpe.

El coche arrancó de inmediato. Unos segundos más tarde, un sedán gris, «Chevrolet 59» arrancó tras el «Cadillac».

Durante unos momentos, dentro del «Cadillac» sólo hubo silencio. Los dos pistoleros que flanqueaban a Jay parecían sendas esfinges y en cuanto al conductor, apenas si hacía otros movimientos que los indispensables para conducir.

Recorrieron Figueroa en toda su longitud y, doblando por Maine Avenue, siguieron hasta alcanzar Lincoln Street. Continuaron rectamente hasta salir fuera de la zona edificada.

Al cabo de un rato, Jay sintió deseos de fumar.

—Usted, quieto —dijo el pistolero que le había intimado a entrar en el coche. Y le entregó un cigarrillo, que él mismo encendió.

—¿Puedo saber, al menos, a dónde me llevan? —preguntó el joven.

—No. Y cierre el pico. Su charla nos aburre.

Jay hizo una mueca. Calló.

Recorrieron cinco millas, hasta que la ciudad quedó muy atrás. De pronto, el conductor viró a la izquierda, metiéndose por un estrecho camino sin pavimentar, flanqueado por una espesa hilera de olmos y castaños de Indias.

El caminejo tendría una longitud de media milla, al cabo de la cual desembocó en una pequeña plazuela rodeada de vegetación, en cuyo centro se veía una casita de dos plantas y poco tamaño. El conductor detuvo el coche frente a la entrada.

Uno de los pistoleros se apeó.

—Baje, Armand —dijo, encañonándole ya claramente con su pistola.

Jay descendió del coche, con las manos en los bolsillos de los pantalones. Arrojó una mirada en torno suyo y comentó:

—¡Bonito lugar para despenar a un tío!

Los pistoleros no dijeron nada. Rodeándole como si en lugar de ser raptos fueran sus guardaespaldas, le empujaron hacia la casa, en la que entraron después de que el que parecía ser su jefe, hubo abierto la puerta.

La casa daba sensación de abandono. El aire era fétido, como si no se hubieran abierto las ventanas en mucho tiempo.

Una escalera de quince o veinte peldaños arrancaba del vestíbulo hacia el piso superior.

—Suba.

Jay obedeció. No tenía un miedo excesivo, pero tampoco estaba demasiado tranquilo.

Sus captores le condujeron hasta una estancia con el aspecto de un salón, en la cual, además de la entrada, había otras dos puertas, situadas a ambos costados. Uno de los pistoleros cerró.

Jay meditó unos segundos. No creía que aquellos individuos le hubieran llevado allí para matarle; de haberlo deseado, tiempo habían tenido de sobra para hacerlo en el caminejo.

«Posiblemente quieren intimidarme para que no siga adelante con mis pesquisas». Y estos tipos, la única forma que entienden de intimidar a la gente es pegando palizas. Pero yo no tengo ganas de que me rompan un hueso, conque...

El primer pistolero habló.

—Armand, usted ha estado practicando pesquisas acerca de un asunto que no es necesario mencionar. A nosotros no nos han gustado nunca los periodistas entrometidos, de modo que vamos a curarle su curiosidad.

Jay le miró de hito en hito.

—¿De veras, hijo de perra? —Y de pronto, sin previo aviso, arremetió contra el pistolero que tenía a su derecha, asestándole un terrible cabezazo en el mentón.

El individuo lanzó un gruñido y se desplomó de espaldas.

Cogidos los otros por sorpresa, Jay echó a correr hacia la puerta que tenía más cerca, asiendo el pomo y tratando de hacerlo girar. Estaba cerrada con llave.

A sus espaldas sonó una imprecación.

—¡No tires! ¡Es preciso que siga vivo, pero escarmentado!

Se volvió. Los dos gorilas cargaban contra él.

Los esperó a pie firme. En el momento en que se la echaban encima, se agachó, pasando por en medio de ellos.

Echó a correr, mientras ola a sus espaldas dos fenomenales impactos, consecuencia del choque de dos cuerpos contra la pared. Alcanzó la otra puerta y ésta no tema la llave echada.

—¡Corre, imbécil!

Jay sonrió divertidamente al oír las imprecaciones de los dos pistoleros burlados. Abrió la puerta y pasó a un dormitorio muy anticuado y lleno de polvo.

Oyó tras él el pataleo de los «gangsters». Giró en redondo.

Cuando estaban a punto de llegar, les cerró la puerta de golpe. No tenía llave por dentro tampoco, de modo que sólo era cuestión de aguantar los embates de los individuos.

Las dos pandilleras empujaron con todas sus fuerzas. Jay resistió.

De pronto oyó una voz.

—¡Aparta, tú! ¡Déjame a mí; vas a ver cómo plancho a este tipo contra la pared de enfrente!

Jay pegó el oído a la madera. Escuchó atentamente.

De pronto asió el pomo y lo hizo girar, abriendo la puerta de golpe. Una masa oscura pasó huracanadamente por su lado.

El pistolero atravesó el dormitorio como un obús, yendo a caer contra el lecho, que crujió estrepitosamente. Jay salió fuera, enfrentándose con el otro pistolero.

Éste sacó la pistola.

—¡No se mueva, Armand! ¡No se mueva o lo freiré a balazos!

Jay se detuvo. A sus espaldas oía las imprecaciones del otro individuo, que forcejeaba por incorporarse.

De pronto sonó una voz de tonos vibrantes.

—¡Tire esa pistola o haré fuego!

Los ojos de Jay se dilataron. Myra estaba allí, con un pequeño revólver en la mano.

El pistolero se volvió rapidísimo, intentando disparar contra la muchacha. Jay reaccionó, lanzándose en plancha hacia él. Usó la cabeza como la vez anterior, golpeando a su antagonista en el hombro.

La pistola del forajido se escapó, resbalando por el suelo. Los dos hombres se pelearon salvajemente durante unos segundos.

De pronto sonó un disparo, y casi en el acto un quejido de agonía.

El pistolero con quien luchaba Jay se detuvo un instante, cosa que el joven aprovechó para conectarle un terrible directo a la mandíbula que lo dejó exánime en el acto. Jay se puso en pie de un salto.

Respiró aliviado. Myra estaba indemne. Su revólver humeaba todavía.

Volvió la vista. Uno de los pistoleros yacía en el suelo, convertido en un ovillo.

Jay se acercó al individuo. Le tomó el pulso.

—¿Está...? —preguntó la muchacha con un hilo de voz.

—Vamos —dijo Myra, muy pálida.

—Convendría interrogar a estos tipos cuando se despertasen —objetó el joven.

—Ellos no le dirían nada de particular. No es a ellos a quienes hay que interrogar, sino al hombre que los pagó.

—¿Y quién supone usted qué es? —preguntó Jay.

—Bart Clary.

Jay pensó unos instantes.

—Sí, puede ser. Vamos.

Salieron de la casa. El coche de Myra se hallaba estacionado ante la puerta.

—Por lo visto, me ha estado siguiendo.

—Le vi salir del

«Grantham's».

El aspecto de esos tipos me inquietó.

Jay deshinchó un par de ruedas del «Cadillac». Luego se reunió con la joven.

—Pues no cabe la menor duda de que su llegada ha sido otra vez muy oportuna —comentó, sentándose al lado de Myra.

Ésta hizo arrancar el coche.

Salieron al camino. Hasta llegar a la autopista, ninguno de los dos despegó los labios.

—¿Qué ha conseguido averiguar esta mañana, Jay? —preguntó Myra al cabo de un buen rato.

—Poca cosa. Estuve hablando con el jefe de Janice.

—¿Y...?

—No agregó nada que no supiéramos ya.

—¿Y en el

«Grantham's»?

—Ahí ya conseguí algo más positivo. ¿Conoce el «Doryanna»?

—Sí. He estado en él un par de ocasiones.

—Tenemos que buscar a un tipo llamado Chick. Cincuenta años, gordo, menudo y calvo. Se está limpiando continuamente el sudor con un gran pañuelo de seda verde.

—Creo, sin embargo, que antes debiéramos ir a ver a Clary. Estoy segura de que el individuo sabe algo muy interesante. Y si no,

¿por qué le golpeó anoche y por qué ha enviado esta mañana a esos tipos a asesinarle?

—No creo que quisieran matarme, sino solamente arrearame una buena paliza para que me olvidara de mis investigaciones. Al menos, eso es lo que oí a uno de ellos.

Myra hizo un gesto.

—Bueno.

Tres cuartos de hora más tarde, el coche se detenía ante la puerta del edificio donde residía Clary. Entraron en el ascensor.

—Debieras dejarme la pistola —pidió él.

Myra accedió. Jay se echó el revólver al bolsillo.

Salieron al corredor y se dirigieron al apartamento de Clary. El joven metió la mano derecha en el bolsillo, en tanto que con la izquierda oprimía el pulsador del timbre.

Nadie contestó a sus llamadas. Jay y Myra se contemplaron mutuamente, bastante extrañados del silencio.

De repente, Myra, obedeciendo a una súbita inspiración, abrió la puerta. Entraron en el apartamento.

El vestíbulo aparecía desierto y silencioso. Procurando no hacer el menor ruido, recorrieron el resto del apartamento, hasta llegar al dormitorio de Clary.

Myra exhaló un gemido, a la vez que sus uñas se clavaban con fuerza en el brazo del joven. Los dos comprendieron a una las causas del silencio de Clary.

Éste se hallaba tendido en el lecho, a medio vestir, con la bata japonesa subida hasta casi la cintura. Sus manos crispadas engarfiaban la ropa de la cama, parte de la cual aparecía manchada de un líquido de color rojo oscuro.

CAPÍTULO VII

Durante unos momentos, ni Jay ni Myra se sintieron capaces de pronunciar una palabra. El asombro les había inmovilizado por completo.

De pronto, Myra exhaló un gemido y, volviéndose con gesto brusco, escondió su cabeza en el pecho del joven.

—¡Dios mío! —murmuró.

—Por favor —dijo él—. Procura serenarte.

Ella suspiró profundamente un par de veces. Luego se separó.

Jay se acercó al lecho, examinando atentamente al cadáver de Clary. Éste había recibido dos balazos en su pecho, tan a quemarropa que la bata japonesa aparecía chamuscada. La muerte debía haber sido casi instantánea; no había vivido más de medio minuto después de haber sido hechos los disparos.

Tocó la muñeca del cadáver. Estaba frío, lo cual le indicó que la muerte se había cometido dos o tres horas antes por lo menos.

—Vamos, Jay —suplicó ella.

—Un momento, por favor.

Jay miró por todas partes, con ánimo de encontrar algo que pudiera ayudarle en sus investigaciones. Pero no se atrevió a tocar nada, ya que sus huellas dactilares habrían quedado impresas y esto hubiera podido acarrearle algún disgusto con la policía.

Salieron del dormitorio. Ella le miró con ojos muy abiertos.

—Alguien liquidó a Clary para que no hablase. Pero ¿qué era lo que sabía él? —exclamó Jay.

Permanecieron en silencio durante unos minutos. Myra se iba rehaciendo.

—Lo que encuentro muy raro es que nadie haya oído los disparos.

—El dormitorio es la pieza más alejada del vestíbulo. Por otra parte, es posible que el asesino usara silenciador.

—Quizá sea como dices, Jay. Y ahora, ¿qué piensas hacer? ¿Vas a llamar a la Policía?

—Primero daré la noticia a mi diario. Después avisaré a la policía. Diré al director que no de mi nombre, que actúen como si hubieran recibido una información confidencial. De este modo, no podrán relacionarme con la muerte de Clary ni impedirme que siga haciendo pesquisas. Vámonos.

Salieron del edificio con toda tranquilidad. Desde un bar cercano, y mientras Myra se tomaba una taza de café para reanimarse, Jay habló con el director del «Leader». Luego avisó a la policía, hecho lo cual se reunió con Myra.

—Vámonos de aquí inmediatamente. Antes de un minuto habrán localizado este teléfono y tendremos sobre nosotros una bandada de agentes.

Arrojó una moneda sobre el mostrador y salieron. Myra se sentó al lado de Jay, quien tomó el volante, ya que la veía demasiado afectada para conducir con normalidad.

Ella le indicó la dirección que debían tomar para llegar al «Doryanna», cuya muestra avistaron veinte minutos después.

Se apearon del coche. Entraron en el «Doryanna», un bar muy pequeño, oscuro, con luces indirectas y un tablado en el cual apenas cabía un piano. En las paredes se veían pinturas abstractas, y los cuatro o cinco clientes de ambos sexos que había en aquellos momentos, vestían como si de veras fueran los autores de aquellas pinturas.

Se acercaron al mostrador y pidieron dos cafés. El camarero se los sirvió.

Jay tomó un sorbo de la infusión. Luego enseñó un billete de cinco dólares.

—Ando buscando a un tipo gordo, cincuentón, menudo y calvo, que atiende por el nombre de Chick —dijo.

El camarero le miró inexpresivamente.

—¿Por qué no han venido diez minutos antes? —preguntó.

Jay arqueó las cejas.

—No entiendo.

—Es el barman de día. Yo le relevo por la tarde hasta que

cerramos cuando ésos... —Hizo una mueca de desprecio hacia los pretendidos artistas— cuando ésos se marchan.

—¿Dónde vive Chick?

—Calle Luther, cincuenta y siete.

Jay soltó el billete sobre el mostrador.

—Gracias, Joe.

—Me llamo Jhonny.

—Bueno —contestó Jay, tomando del brazo a la muchacha.

Salieron. Jay tomó de nuevo el volante.

La calle Luther no estaba demasiado lejos, apenas cinco minutos con el coche. Era estrecha y oscura.

Jay detuvo el auto frente al número 57. Al saltar al suelo, una oleada de fétidos olores asaltó sus pituitarias. Myra arrugó la nariz.

El 57 era una casa estrecha, de seis o siete pisos, cuyo ascensor parecía ir a desintegrarse en cualquier momento. Chick vivía en el séptimo piso.

Llamaron a la puerta. El propio Chick salió a abrirles momentos después.

Era evidente que estaba durmiendo y lo habían arrancado de la cama. Miró a la pareja con expresión aturrida.

—¿Qué quieren de mí?

Jay le empujó hacia adentro. Myra cerró tras él.

El rostro de Chick expresó miedo. Vestía una pringosa bata, de la cual sacó un pañuelo verde, con el que se limpió su brillante calva.

—No... yo no he hecho nada —dijo temerosamente—. Yo...

—Nadie le acusa, Chick —cortó Jay—. Lo único que queremos saber es qué relación tenía usted con Janice Peterson.

Los temblores del gordito aumentaron.

—No sé nada, no sé nada —repitió histéricamente.

A Jay le daba pena.

—Escuche, Chick —dijo—. No pretendemos en absoluto hacerle el menor daño. Pero sabemos que, de cuando en cuando, se reunía usted con Janice Peterson en el

«Grantham's».

Hablaba con ella y luego se marchaba. ¿Qué es lo que le decía en tales ocasiones?

El gordo se lamió el labio superior.

—¿Por qué quieren saberlo? —inquirió.

—Sam os periodistas —mintió Jay a medias.

—¿Periodistas? —Chick enarcó las cejas.

—Así es. Vamos, conteste.

Chick miró a derecha e izquierda. De pronto echó a correr hacia la puerta.

Jay le lanzó una silla a las piernas. El gordo se enredó con el mueble y cayó al suelo.

Cuando se levantó, vio el revólver de Jay apuntándole directamente al prominente abdomen.

—Siga corriendo —dijo Jay duramente— y le sacaré las tripas de un balazo. ¡Vamos, responda a la pregunta que le he formulado!

Jadeando penosamente, Chick se puso en pie. Casi lloraba.

—¿Me... me prometen ser discretos? —preguntó, gimoteando.

—Claro —contestó Jay sin vacilar.

—Pues... Yo trabajo en el «Doryanna»... El sueldo no es muy grande y las propinas, menos. Algo hay que hacer para aumentar los ingresos, ¿no?

—Depende de lo que se haga. Siga, Chick.

—U... un buen día, apareció un tipo. Era... era un tal Clary.

Jay y Myra intercambiaron una rápida mirada de inteligencia.

—Me... me dijo que de cuando en cuando recibiría una llamada telefónica. Cuando la recibiera, yo tenía que transmitirla a la señorita Peterson.

—¿Qué decía esa llamada?

—Pues... era distinta cada vez y se componía de una sola palabra.

—¿Cuáles eran esas palabras?

—Ya... no me acuerdo de todas. Lo hice hasta una docena de veces y...

—Diga las últimas al menos, Chick.

El gordo reflexionó durante unos instantes.

—Las últimas fueron... fueron... Lincoln... Figueroa, Hennyson... y no me acuerdo de más...

Jay repitió las palabras.

—Si no me equivoco, ésas son calles de la ciudad.

El gordo volvió a sacar la lengua para mojarse los labios.

—Así es. Pero yo no me preocupaba de más. Le daba el recado a

la señorita Peterson y al día siguiente, Clary venía por aquí y me daba cincuenta dólares.

—¿Con qué frecuencia recibía esas llamadas? —inquirió Jay.

—Una vez por semana, más o menos. Aunque, en ocasiones, muy pocas, pasaron hasta dos semanas sin recibir la llamada.

—Y la señorita Peterson, ¿qué decía entonces?

—Oh, nada de particular. Entablábamos una conversación corriente y, en el curso de la misma, yo pronunciaba la palabra que me habían transmitido por teléfono. Eso es todo, se lo juro —dijo el gordo patéticamente.

Jay volvió la vista hacia Myra, como consultándole con la mirada. Ella hizo un gesto ambiguo.

De pronto, el joven dijo:

—Chick, ¿sabe que Clary está muerto?

El rostro del gordito se puso del color de la ceniza. Su cuerpo tembló convulsivamente.

—¡Muerto...! ¡Dios mío!

—¿Tiene usted alguna idea de quién puede ser el asesino?

—No, no en absoluto. Se lo juro.

Jay meditó unos instantes. Tenía la sensación de que Chick le había dicho cuanto sabía y que, por lo tanto, resultaban inútiles cuantos esfuerzos hicieran por continuar un interrogatorio que no tenía objeto.

—Está bien, gracias por todo, Chick.

Agarró el brazo de Myra y salieron.

Un cuarto de hora después, estaban cenando en un restaurante.

CAPÍTULO VIII

Jay dijo:

—Es doloroso tener que hablar así de tu hermana, pero hemos de convenir que llevaba una doble vida.

Myra asintió, mientras sorbía una taza de café. Estaba pálida, pero no decaída.

—¿En qué consistía esa doble vida? —Siguió él—. No se trataba de un amante desdeñado, sino de algo delictivo. Tienes una prueba de ello en la muerte de Clary, el secuestro de que yo he sido objeto y el pánico de Chick.

»¿A qué o a quién teme el gordito? Posiblemente, ni él mismo lo sabe. Se da cuenta de que es un eslabón de la cadena, un simple engranaje de la máquina, la pieza de un motor que funciona, sin que él sepa siquiera para qué funciona ese motor.

»Pero Chick sabe también que si falla como pieza de la máquina, será substituido por otra nueva y que funcione mejor. En términos humanos, esto equivale a un castigo. Ahora bien, ¿quién le propinará el castigo?

—El asesino de Janice —manifestó Myra.

—Exactamente. Él no sabe quién es; no tiene, por supuesto, la menor idea acerca de su identidad. Pero sabe también que ha cometido algo que no está bien, que es ilegal y conoce demasiado esta clase de asuntos para saber que si alguien falla en el conjunto de la máquina, es substituido inmediatamente... después de eliminado.

—Nos ha dicho todo lo que sabía.

—Excepto una cosa —dijo él de repente.

Myra le contempló con interés.

—¿Cuál?

—Los días en que recibía la llamada.

—Es una buena idea.

—¿Vamos a preguntárselo ahora mismo? —exclamó ella.

Jay terminó de sorber su café.

Volvieron a la calle Luther. Entraron en el 57 y subieron por el ascensor.

Jay llamó de nuevo a la puerta de la habitación que ocupaba el barman. Chick apareció momentos después, con una evidente cara de mal humor.

—Dispénsenos —dijo Jay—. Se nos olvidó hacerle una pregunta. Una tan sólo, Chick.

—Está bien —contestó el gordo, con visible impaciencia—. ¿De qué se trata?

—Usted dijo antes que recibía la contraseña una vez por semana, más o menos. ¿Recuerda el día con exactitud?

—Los viernes —replicó Chick sin vacilar, tras de lo cual cerró la puerta de golpe.

Mientras Jay cambiaba una mirada de inteligencia con Myra, oyó el ruido de la llave al rechinar en la cerradura.

—Los viernes —murmuró—. Precisamente el día en que se reunía con Clary.

Ella asintió en silencio.

—De modo que Chick recibía la llamada, se la transmitía a Janice y ésta, a su vez, a Clary. ¿Qué demonios quería decir la palabra convenida? —masculló el joven, muy irritado.

Bajaron nuevamente a la calle. Jay se sentía cansado; apenas había dejado de moverse durante todo el día.

—Será mejor que me vaya a dormir —dijo—. Tengo ya el cerebro embotado y me conviene clarificar un poco mis ideas.

Se ofreció para acompañar a la muchacha a su casa, pero ella se negó. Antes de separarse, sin embargo, le hizo una pregunta.

—Myra —exclamó—, el encargado de la «morgue» dijo, que a Janice no se le conocían amigos ni parientes. Tú eras su hermana. ¿Piensas reclamar su cuerpo...?

Ella sacudió la cabeza.

—No.

—¿Por qué?

—Hasta ahora, creo que nadie, sino tú, conoce nuestro

parentesco. El asesino podría sentirse inquieto si lo supiera, ¿no eres?

Jay reflexionó unos instantes.

—Tal vez sea así mejor. De todas formas, y puesto que no es conveniente que nadie conozca esa relación, yo me encargaré mañana de realizar los trámites necesarios para que se le haga un entierro decoroso.

Los labios de Myra temblaron.

—De acuerdo —dijo.

Cuando llegó a casa, Jay se sentía cansado y exhausto. Lo primero que hizo fue tomarse un baño caliente, que relajó por completo sus músculos. Después, se puso un pijama seco, y, para olvidar por completo sus preocupaciones, tomó un libro, formulándose el propósito de leer un rato en la cama.

Abrió el embozo. Una cuartilla de papel apareció ante su vista, doblada en dos.

Desplegó la cuartilla y leyó su contenido.

LOS PERIODISTAS ENTROMETIDOS NO NOS GUSTAN. ¿POR QUE NO SE DEDICA A LA SECCION DE DEPORTES?

Frunció el ceño. La cosa se iba poniendo más seria de lo que parecía.

En vista de ello, cerró la puerta con doble llave. Luego se acostó e intentó leer, pero le resultó imposible concentrarse en la lectura. La muerte de Janice absorbía demasiado su mente.

Rememoró, punto por punto, todo lo sucedido, desde que acudiera a la «morgue» en busca de noticias, hasta el hallazgo de la cuartilla intimidatoria.

Lo único que sacó en limpio fue una cosa: al día siguiente era viernes.

—Tendré que acudir al «Doryanna», a ver cuál es la palabra clave.

Y al poco rato estaba dormido.

Le despertó la campanilla del teléfono cuando parecía que apenas acababa de cerrar los ojos.

Alargó la mano poco menos que a tientas y agarró el aparato.

—¿Sí? —dijo aturdidamente.

—¿Jay Armand? —preguntó una voz, de inconfundible timbre femenino.

—El mismo. ¿Quién es usted? —Sabía que no era Myra; la voz de la muchacha era única.

—Nos hemos visto una sola vez, Armand.

—No recuerdo —murmuró él, indeciso.

—¿De veras? —La mujer rió argentinamente—. ¿Ya se ha olvidado de la residencia de la señora Murrill?

—¡No! —contestó secamente.

Jay esforzó la memoria. Recordó que una joven había acudido al teléfono mientras él interrogaba a la señora Murrill. Una rabia estrepitosa de voluptuosas formas. Pero no conseguía recordar su nombre, pese al comentario poco favorable de la señora Murrill.

—Me llamo Clarissa Henks —siguió ella—. ¿Le gustaría saber algunos detalles más acerca de Janice Peterson?

Jay se sentó en el lecho de un salto. Su excitación era enorme.

—¡Claro que sí! ¡Por supuesto, señorita Henks! ¡Hable, la escucho!

—Por teléfono, no, desde luego. Tiene que ser de una forma más discreta, compéndalo.

—Entiendo. ¿Cuándo y dónde? —preguntó él, escuetamente.

—A las nueve y media en punto, en el «Doryanna». No se entretenga demasiado; son ya las ocho y media.

Sonó el «click» característico del teléfono al colgarse. Inmediatamente, Jay entró en una actividad frenética.

Cuarenta minutos más tarde, entraba en el «Doryanna». Chick estaba tras el mostrador sacando brillo, aburridamente a unos vasos. Uno de ellos se le cayó en el acto al ver al joven.

Jay se acercó a la barra y pidió un café.

—¿Te han llamado ya? —preguntó.

Los ojos del barman expresaban un miedo insuperable.

—¡No! —contestó secamente.

—¿Cuándo te llamarán?

—Dentro de unos minutos, una hora tal vez.

Una súbita sospecha estalló de pronto en la imaginación del joven. Consultó su reloj.

Eras las nueve y diecisiete.

—¿A las nueve treinta, por casualidad?

La expresión de Chick le indicó que había hecho blanco en la diana.

Sonrió.

—Llévame el café a la mesa del fondo —ordenó—. ¿Cuánto dices que te daba Clary por la transmisión del mensaje?

—Cincuenta.

—Dime a mí la palabra y tendrás los cincuenta de esta semana, ¿estamos?

Chick asintió y, como de costumbre, se lamió los labios y se limpió la calva con el pañuelo verde.

Jay se sentó en una mesa tras la cual podía ver claramente la puerta y el mostrador, a la par que ocupaba una posición sumamente discreta. Sacó un paquete de cigarrillos y fósforos y los depositó sobre la mesa.

Chick le sirvió el pedido. Temblaba como un azogado.

En aquellos momentos, el único cliente era Jay. Éste encendió un cigarrillo. Tenía ganas de ver a la rubia y de charlar un rato con ella.

Apuró el café y fumó otro cigarrillo. Miró de nuevo el reloj. Eran ya las nueve y veinticinco. Cinco minutos más y Clarissa Henks, si era puntual, entraría por la puerta del local.

Transcurrieron los minutos. De pronto, Jay oyó el ronquido del motor de un automóvil que se detenía ante la puerta del local.

La puerta se abrió y dos hombres entraron por ella. Ambos llevaban impermeables, prendas justificadas por el tiempo encapotado, y tenían los sombreros bajados hasta las cejas.

Jay sintió de pronto una extraña aprensión. Iba a encender un cigarrillo, pero cortó el gesto.

Uno de los individuos acababa de desabrocharse el impermeable. El barman aparecía con los ojos desorbitados.

El hombre sacó una pistola ametralladora de debajo de la gabardina. Chick aulló.

El trueno de la metralleta acalló sus gritos. El pistolero movió el arma en abanico.

Las botellas y los vasos volaron por los aires con inenarrable estrépito. La madera crujió al ser atravesada por los proyectiles.

El forajido mantuvo la presión sobre el gatillo hasta acabar los

proyectiles del cargador. Entonces, protegido por su compañero, escondió de nuevo el arma, dio media vuelta y salió.

Y Jay salió también de detrás de la mesa que había volcado para utilizarla como parapeto. Temblaba de puro pánico, a pesar de que ni una sola bala le había tocado.

Fuera, en la calle, se oían gritos y alaridos. Jay corrió hacia la puerta, dominando su temblor.

El coche estaba ya muy lejos. Resultaba imposible alcanzarlo.

Volvió adentro. El mostrador estaba convertido en una ruina. Chick se hallaba al otro lado, con el cuerpo convertido literalmente en un colador.

Se oyó una sirena policial. Y Jay se dispuso a enfrentarse con los agentes de la ley.

CAPÍTULO IX

No tuvo gran dificultad en desembarazarse de la policía.

A fin de cuentas era el único cliente del local en el momento del atentado contra Chick. Y según creía, no podían relacionarle con éste, cosa que así sucedió, en efecto. Después de un breve interrogatorio por parte del oficial encargado del caso, se le permitió marchar.

Tomó un taxi apenas se vio libre.

—Calle Hennyson, cuatrocientos treinta y siete.

¡Hennyson! Uno de los nombres contraseña que Chick había transmitido a Janice.

Jay frunció el ceño, mientras trataba de aclarar aquel misterio. Chick había pronunciado las tres últimas palabras que le habían sido transmitidas por teléfono. Lincoln... Figueroa... Hennyson... Las tres correspondían a sendas calles de la ciudad. ¿Qué quería significar aquella misteriosa contraseña?

¿A qué se dedicaba Janice Peterson?

Un negocio sucio, indiscutiblemente.

Tan sucio, que, por no ser descubierto, él había sido amenazado ya dos veces y se habían cometido tres muertes violentas: la propia Janice, Clary y, momentos antes, Chick, el barman.

Clarissa Henks le había citado en el «Doryanna» a las nueve y media en punto. A la hora, precisamente, en que Chick debía recibir por teléfono la contraseña de aquella semana.

Y a las nueve y media en punto, Chick había sido ametrallado despiadadamente.

Mientras el coche rodaba hacia la calle Hennyson. Jay recapacitó.

Todos los cartuchos del cargador, habían sido disparados contra

Chick. Ninguno en su dirección.

¿Por qué le habían respetado la vida?

Acaso... Sí, muy bien podía ser así... A las nueve y media, Chick tenía que morir. Por eso le había citado allí la Henks.

Para que viera lo que hacían con los traidores. Para que, en suma, se diera cuenta de lo que podía pasarle a él si persistía en seguir adelante.

Instintivamente, se pasó la mano por la garganta. Incluso llegó a sentir dolor en aquella región. Pero se echó a reír. ¡Bah!, no eran más que aprensiones.

Por supuesto, se había metido en un grave embrollo.

Janice, la muerta sin amistades ni parientes, resultaba ser muy conocida de cierta gente. La gente que figuraba en su otra vida.

Sumido en sus poco agradables reflexiones, el tiempo se le pasó volando. El coche se detuvo de pronto.

—Aquí es, señor —dijo el taxista.

Jay abonó el importe de la carrera y se apeó. Entró; en la casa donde la señora Murrill tenía su pensión para mujeres solas.

Unos momentos después, estaba hablando con la señora Murrill.

—Deseo ver a la señorita Henks.

—Lo siento —contestó la Murrill—. Ya no reside aquí. —Y su boca se distendió en una gran sonrisa de satisfacción.

Jay sufrió un fuerte sobresalto.

—¡Qué! ¿Está segura? —preguntó, dándose cuenta de que había hablado estúpidamente.

La sonrisa de la señora Murrill se acentuó.

—Ella misma me ha ahorrado el disgusto de tener que echarla —manifestó—. Porque, aunque usted no quiera creerlo, cada vez que he tenido que expulsar a una de mis huéspedes —y en once años que tengo la pensión, sólo me ha ocurrido cuatro o cinco veces —, me he llevado un gran disgusto. En este sentido, al menos, no puedo quejarme de la señorita Henks; se ha portado muy consideradamente conmigo.

Jay se pasó la mano por la cara.

—Al menos —dijo—, habrá dejado su nueva dirección.

—Nada de eso —contestó la Murrill—. Vino ayer aquí a las doce del mediodía, más o menos, empacó sus cosas y las cargó en un automóvil que la estaba esperando. Pagó lo que debía, se marchó y

eso fue todo. Me alegro que se haya ido, sí, señor —añadió la Murrill volublemente—. A mí me gustan las chicas decentes, como lo era la pobre señorita Peterson. En cambio, Clarissa Henks... Oh, no es que aquí diera motivo de escándalo, pero sé que la acompañaban algunos tipos muy muy poco recomendables.

Jay soportó estoicamente la incesante charla de la señora Murrill. Aprovechó un momento en que la voluminosa señora tuvo que tomar aliento para hacer una pregunta.

—Creo que usted está enterada de dónde trabajaba la señorita Henks, ¿no es así?

—Claro. Y aunque no era un lugar muy decente, al menos ella ganaba el dinero suficiente para pagar mi pensión.

—¿Qué sitio era ése?

—Estaba encargada del guardarropa en el «Alpine». Seguramente podrá verla allí a la noche.

Jay consultó su reloj. Eran las dos y media de la tarde todavía. El «Alpine» era uno de los locales más selectos de la ciudad. Antes de que empezara a animarse medianamente, transcurrirían cinco o seis horas largas.

Sonrió mientras saludaba urbanamente.

—Un millón de gracias por sus informes, señora Murrill.

Y se marchó.

Treinta minutos después llamaba a la puerta de la casa donde residía Myra.

La joven salió a recibirle, ataviada con una boina de terciopelo granate y una bata de pintor llena de manchas. Su aspecto resultaba particularmente encantador.

—Hola, Jay —sonrió.

—¿Puedo pasar, Myra?

Ella se echó a un lado.

—Naturalmente. Ven arriba; te serviré una taza de café.

Subieron por la escalera hasta el estudio, cuyas cortinas aparecían descorridas, a fin de aprovechar la luz del día.

—Siéntate donde más te acomode —dijo ella—. Dentro de unos minutos te traeré el café.

Jay elogió interiormente la discreción de la muchacha, que no le había formulado ninguna pregunta, a pesar de que —lo sabía perfectamente— estaba ardiendo por enterarse de lo que había

averiguado en el curso de sus pesquisas. Encendió un cigarrillo y al ver un teléfono en un rincón se acordó repentinamente de una cosa.

Descolgó el aparato y disco un número. Pronto oyó una voz cascada como respuesta a sus palabras.

—Hola, «Caronte» —dijo—. Soy Armand.

—¿Qué tal, muchacho? ¿Encontró al asesino de la Peterson?

—Todavía no. Ando detrás de ello, desde luego. Escucha, ¿puedes hacerme un favor?

—Claro. ¿De qué se trata?

—Retén ahí el cuerpo hasta que yo haya realizado los trámites pertinentes para su enterramiento. La muchacha no tenía parientes ni amigos y...

—De acuerdo, usted quiere encargarse de ello, ¿no? Oiga, Armand, ¿no se habrá ido a enamorar de una muerta? —Y el viejo cuidador de la Morgue rió cascadamente.

—Todavía no estoy tan chiflado. Bueno, haz eso que te he dicho, «Caronte». Ya te daré una buena propina.

—Gracias. Así beberé una copa a la salud del asesino.

Jay colgó el aparato y se sentó en un diván, casi frente por frente al cuadro que Myra estaba pintando en el momento de su llegada. Torció el gesto; aquella pintura tan moderna no le acababa de convencer del todo.

Myra llegó poco después con una bandeja en las manos. Se había despojado de su bata y vestía ahora un ceñido *pullover*, que hacía resaltar sus innegables encantos físicos, y unos pantalones de pana negra, muy ajustados a sus caderas. Colocó el café sobre una mesita baja y se sentó en el suelo, a un lado del joven, con las piernas cruzadas a la usanza árabe.

Jay tomó unos sorbos de café. Encendió un cigarrillo y se lo pasó a la muchacha.

—¿Y bien? —dijo ella, al cabo de unos momentos.

—Chick ha muerto.

Myra se estremeció fuertemente. Clavó sus ojos en los del joven.

—¡Jay!

—Estaba yo delante cuando le ametrallaron con una «Thompson».

Y acto seguido relató todo lo que había hecho, desde el momento de recibir la llamada de la Henks hasta su entrada en el

estudio.

Al terminar, Myra se quedó pensativa durante unos momentos. Luego, dijo:

—No me cabe la menor duda de que la Henks te citó allí para que vieras la muerte de Chick.

—Eso mismo he pensado yo.

—Lo cual significa que con ello han querido advertirte de que no debes seguir adelante con tus investigaciones.

Y al pronunciar estas palabras, la muchacha le miró rectamente a los ojos.

Jay aspiró con fuerza el humo de su cigarrillo.

—No pienso retroceder —dijo lentamente.

Ella se sentó a su costado, aunque continuando todavía en el suelo. Apoyó la cabeza en la pierna del joven.

—Es lo que estaba esperando oírte, Jay —murmuró.

Guardaron silencio durante unos momentos. Jay buscó la mano de la muchacha. Myra se la entregó sin resistencia.

Más tarde, Myra dijo:

—Supongo que esta tarde acudirás al «Alpine».

—Sí, claro.

—Te acompañaré.

—Me parece una idea excelente. Estoy pensando que quizá allí estén algunos amigos de la Henks. De este modo, nuestra presencia en el local podría parecer más casual, menos sospechosa, en suma.

—De acuerdo.

Empezó a llover. Myra se estremeció.

—¿Por qué no pintas? —dijo él.

—No tengo ganas. Déjalo.

Ninguno de los dos sentía deseos de hablar. Ambos estaban invadidos por una dulce paz, que se sobreponía incluso a las graves preocupaciones que les dominaban.

La noche se les echó encima con sorprendente rapidez. Myra se puso en pie y corrió las cortinas.

—Iré a vestirme, si no te importa.

—Claro —murmuró él.

Myra tardó casi una hora en volver. Cuando apareció en el estudio, Jay se quedó con la boca abierta.

La muchacha vestía un traje de fiesta corto, sumamente ceñido

al cuerpo, cuyo amplio escote dejaba al descubierto los hombros redondos y mórbidos. Era de color negro, lo que hacía resaltar aún más la perfecta blancura de su tez, en donde apenas la única nota de color era el «rouge» de los labios. Los zapatos eran dorados, así como el bolso que llevaba en la mano. Doblado sobre el brazo llevaba un abrigo de piel gris.

Jay se quedó literalmente sin habla.

Ella sonrió; le bastaba ver la expresión del rostro del joven para saber el efecto que le había causado.

—No te pregunto si te gusto —sonrió—, porque hartos se te ven en la cara.

—Pellízcame.

—¿Qué?

—Pellízcame. Dame un puntapié. Rómpeme un jarrón en la cabeza. Échame una jarra de agua fría. Así sabré si estoy despierto o soñando.

Ella se le acercó, sonriendo dulcemente.

—¡Tonto! —dijo.

Y de pronto, empinándose sobre las puntas de los pies, rozó con sus labios la mejilla del joven.

CAPÍTULO X

El «Alpine» era un local de gran lujo, decorado como si fuera un refugio de alta montaña en los Alpes. De ahí venía su nombre.

Sin embargo, ésta era su única relación con las altas cimas; ni el portero vestía de alpinista ni las chicas de los cigarrillos llevaban el traje tirolés, como tampoco los camareros y demás personal de servicio. Todos vestían normalmente, y en cuanto a las chicas, con menos ropa de lo normal.

Jay y Myra se acercaron al guardarropa. Jay ayudó a la muchacha a quitarse el abrigo de pieles y lo entregó a la encargada, una mujer de busto exuberante y sonrisa provocativa.

Se acercaron a la entrada de la sala. Un obsequioso camarero acudió a recibirles y les acompañó hasta una mesa.

Encargaron un par de «martinis» mientras esperaban el momento de cenar.

—¿Era ésa la Henks? —preguntó Myra en voz baja.

—No. Quizá esté ahora en alguna otra parte. Esperaré un momento y luego iré a ver qué ha sucedido.

Ella parpadeó en señal de asentimiento. Luego dedicaron su atención a la cantante que actuaba en el centro de la pista, bajo la ardiente luz de un reflecto; que dejaba sumido en sombras el resto del local.

La cantante se retiró, siendo muy aplaudida. Después salió un malabarista que ejecutó un número muy vistoso con una docena de huevos, sin que se le rompiera ni uno solo.

Al cabo de un rato, Jay se levantó discretamente y se encaminó hacia el guardarropa. La empleada le sonrió de modo incitante, procurando hacer destacar los amplios encantos de su abundante busto.

Jay le colocó dos billetes de a cinco dólares dentro del escote.

—¿Dónde está Clarissa? —preguntó.

Una expresión de desencanto apareció en el rostro de la rubia.

—No lo sé —dijo—. Hoy no ha acudido al trabajo. Ni anoche tampoco.

—Sí que es extraño —comentó el joven intrascendentemente—. ¿Está enferma?

La del guardarropa encogió los hombros.

—No lo sé. Simplemente, no ha venido; eso es todo.

—Lo siento. —Jay sonrió ampliamente—. Tenía que darle un recado de un amigo común. Es una lástima, porque no sé dónde vive.

—Yo tampoco —dijo la chica—, pero sé quién podría indicárselo.

Jay procuró mantenerse tranquilo.

—¿De veras?

La chica le guiñó el ojo.

—Tenga cuidado. Es muy celoso, ¿sabe?

—Bueno, lo que tengo que decirle a Clarissa no es nada importante. Hasta puedo hablar delante de su... ¿Qué es ese individuo con respecto a Clarissa?

—Ella dice que es su novio —la chica del guardarropa hizo un gesto despectivo, a la vez que emitía una sarcástica risita—. ¡Je, je!

—Está bien. ¿Cómo se llama el tipo y dónde vive? —preguntó Jay.

—Dele cinco dólares a cualquiera de los camareros. Se lo indicará rápidamente. Pregunte por «Shooting» Bill.

Jay se estremeció al oír el apodo. Bill «El Tirador». ¿De pistola?

—Gracias —dijo, y en aquel momento sintió que alguien le empujaba por el hombro.

Se volvió. Un hombre murmuró una excusa.

—Dispénsame.

—Buenas noches, señor

O'Moyne

—saludó Jay.

El gerente de la «Cortons Insurance» volvió el rostro, muy sorprendido.

—¡Señor Armand! —exclamó. Luego sonrió ampliamente—. Me

alegro infinito de verle aquí.

O'Moyne

iba acompañado de una despampanante pelirroja que vestía un traje verde, cubierto de lentejuelas desde la «v» del escote que partía en dos su pecho generoso, hasta la punta de los pies. Era una mujer hermosa, aunque, en opinión de Jay, demasiado sofisticada y estridente.

O'Moyne

hizo las presentaciones.

—La señorita Byngton, el señor Armand.

Jay saludó a la pelirroja. Ésta ladeó la boca espesamente pintada, en una mueca que quería parecer una sonrisa.

—Celebro mucho haberle visto de nuevo, señor Armand —dijo el gerente, mientras tomaba el carnoso brazo de la pelirroja. De pronto, exclamó—: ¡Ah! Olvidé preguntarle por su reportaje.

—¿Mi reportaje? —exclamó Jay.

—Sí. El referente a la señorita Peterson.

—Es verdad... —Jay sonrió—. Casi lo había olvidado ya. No puedo decir que haya progresado mucho. Janice no tenía amistades ni conocidos...

—Una verdadera lástima, señor Armand. —

O'Moyne

sonrió cortésmente—. En fin, le deseo mucha suerte. ¿Vamos, querida?

Jay se quedó junto al guardarropa, contemplando la marcha de la pareja. A su lado, la chica del guardarropa masculló una interjección.

—¿Qué tendrá esa pérdida que no tenga yo? —se quejó.

—Un hombre con buenos ingresos al lado —dijo—. ¿Le parece poco?

La chica del guardarropa le examinó críticamente.

—Los suyos no parecen muy florecientes —comentó con mordacidad.

—Por eso tienes que seguir detrás de ese mostrador. —Jay le devolvió la pelota y se marchó.

Sentóse junto a Myra.

—¿Algo nuevo?

—Sí. Clarissa Henks dejó el trabajo ayer tarde.

Myra calló. En aquel momento pasaba un camarero junto a la mesa.

Jay agitó la mano discretamente.

—¿Señor?

El joven dobló un billete de diez dólares.

—¿Dónde puedo ver a «Shooting» Bill?

—Vaya a la puerta de servicio y doble a la izquierda. Siga por el corredor hasta la puerta del fondo. Gracias, señor.

—A usted, amigo.

Myra preguntó:

—¿Quién es ese «Shooting» Bill?

—El..., bueno, lo que sea de Clarissa Henks. Es muy celoso, dice la chica del guardarropa.

—Ese apodo parece de pandillero —comentó ella.

—Los santos usaban otros calificativos muy distintos —dijo él volublemente. Se puso en pie—. Espérame.

Se encaminó a la puerta de servicio, que franqueó, y dobló hacia la izquierda. Siguió por un corredor débilmente alumbrado, hasta llegar a una puerta sobre la cual había una pequeña lamparita.

Como no vio timbre de llamada, tocó con los nudillos.

Unos momentos después, se abrió una estrecha rendija en el entrepaño de la puerta. Un par de ojos le contemplaron escrutadoramente.

—Quiero ver a «Shooting» Bill —dijo.

La puerta se abrió y un tipo con músculos de hércules le contempló relucientemente. Había dos tipos más por el estilo dentro de la habitación, que era un despacho, y detrás de una gran mesa estaba un hombre joven y bien parecido, aunque de maligna expresión.

—Regístrale, Jube.

Jay abrió los brazos y se dejó cachear en silencio. Había tenido la precaución de meter el revólver en el bolso de Myra, de modo que pudo permanecer tranquilo mientras duraba el registro.

—Nada, jefe —dijo el «gorila».

—Está bien. Acérquese.

Jay dio unos cuantos pasos hacia la mesa. Advirtió, aunque procuró no demostrar alarma, que estaba flanqueado por los esbirros.

—Usted es Jay Armand —dijo Bill.

—Sí.

—No tengo nada que decir a los periodistas. Márchese. Su cuenta está pagada. Eso es todo.

La voz de «Shooting» Bill era fría, metálica, desapasionada.

—Muy bien —convino Jay—. Me iré, pero antes deseo hacerle alguna pregunta.

—Lléváoslo —dijo Bill, con acento glacial.

Dos manazas se apoderaron de sus brazos. Jay pegó dos rudas sacudidas y por el momento se vio Ubre de la presión.

—Fuera, piojosos —masculló—. Apártense a un lado y déjenme hablar con su jefe.

Los pistoleros parecían irresolutos.

—Ya le he dicho que no tengo nada que contarle, Armand —expresó Bill—. Váyase y, por favor, no me haga perder la paciencia.

—Repito que es sólo una pregunta... ¿Dónde está Clarissa Henks?

«Shooting» Bill se puso a mirar al techo. Silbó una tonadilla.

Jay sintió que el pecho le hervía en cólera. Olvidando todas sus precauciones, dio la vuelta a la mesa con gesto rápido y agarró al tipo por la pechera del traje, haciéndole ponerse en pie.

—¡Quiero saber dónde está Clarissa Henks! —le gritó.

El rostro de Bill se puso rojo como un tomate. Fue a decir algo, en el mismo momento en que Jay oía pasos a su espalda.

El joven se volvió. Uno de los gorilas cargaba sobre él, armado con una corta cachiporra de plomo, forrada de cuero.

Jay le arreó un terrible puntapié en el vientre, que lo derribó pies por alto, lanzando mil aullidos de dolor. Luego se volvió hacia Bill y, antes de que éste tuviera tiempo de aprestarse a la defensa, le golpeó en plena nariz con todas sus fuerzas.

Bill lanzó un chillido y se sentó en la mesa, muy preocupado con su apéndice nasal. Los otros dos «gorilas» se abalanzaron contra Jay.

Éste tenía ante sí la protección de la mesa. Pegó un terrible empujón al sillón en que estaba sentado Bill y lo derribó al suelo. Casi en el mismo momento, agarró una pesada escribanía de vidrio que había sobre la mesa y movió la mano derecha en semicírculo y hacia adelante.

Alguien lanzó un gemido de dolor. Uno de los gorilas se arrodilló en el suelo, agarrándose el rostro con ambas manos. Pero todavía quedaba otro en pie.

El último de los pistoleros veía obstaculizada su acción por su propio jefe, el cual seguía medio tendida en el suelo, muy ocupado con su nariz, el otro pandillero situado en el lado opuesto y la mesa, entre Jay y él mismo.

Jay le sacó la lengua.

—¡Búuuu!

El rostro del pandillero enrojeció. Despreciando toda precaución, apoyó una mano en la mesa y saltó por encima de ella. En la derecha llevaba una cachiporra similar a la de su compañero.

Jay aprovechó la ocasión. Cuando el gorila estaba todavía en el aire, movió su mano derecha, armada aún con la escribanía, y golpeó la izquierda del pistolero que era la que le servía para apoyarse sobre la mesa. Falto de estabilidad, el individuo resbaló, yendo a caer sobre su propio jefe, el cual empezó a gritar de inmediato.

Jay salió por el otro lado. Un pistolero se incorporaba en aquel momento. Levantó la rodilla y se la estrelló en pleno rostro. Estaba animado de una furia destructora, porque en aquellos momentos se acordaba de Janice.

Pasó al otro lado de la mesa. Bill y su acólito forcejeaban por incorporarse. Él joven no era un alfeñique precisamente. Apoyó ambas manos contra la mesa y la volcó sobre Bill y su esbirro, con tremendo estrépito.

Después salió sin ser molestado.

Llegó a su mesa. Myra le contempló con gesto inquieto.

—No he podido averiguar nada —dijo—. Anda, vámonos.

Myra obedeció sin rechistar. Los dos se encaminaron hacia la salida.

Cerca ya del guardarropa, les atajó el camarero.

—El señor se olvida, sin duda, de una cosa —dijo untuosamente.

—«Shooting» Bill dijo que mi gasto estaba pagado. Cóbreselo a él —respondió el joven secamente, apartando al empleado a un lado sin ninguna ceremonia.

La chica del guardarropa entregó el abrigo de la muchacha. Sus ojos escrutaron inquisitivamente el rostro de Jay. Éste permaneció

silencioso.

No fue sino hasta hallarse en el coche que Myra habló:

—¿Qué has conseguido, Jay?

—Nada. Bill...

—¿Quién es Bill? —preguntó ella—. Te lo oí mencionar antes, pero no me has dicho nada acerca de ese individuo.

—Es verdad —contestó él—. Según la encargada del guardarropa, es el fulano de la Henks. Naturalmente, no quiso decirme dónde se encontraba.

Myra asintió en silencio. Los limpiavidrios se movían monótonamente, barriendo las gotas de lluvia del parabrisas. Las ruedas parecían rasgar seda continuamente al rodar por el mojado asfalto.

—¿Y no se te ocurre dónde puede estar? —preguntó ella al cabo de un tiempo.

Jay sacudió la cabeza.

—No tengo la menor idea. Sólo sé una cosa: que está mezclada en este asunto y que sabía que, a las nueve y media en punto, Chick iba a morir.

CAPÍTULO XI

Se despertó cuando ya era de día, súbitamente desvelado por una idea que acababa de estallar en su cerebro con fuerza devastadora.

—¡Estúpido de mí! —dijo—. Tenía que haberlo adivinado desde el primer instante.

Saltó del lecho y se dirigió al baño. Media hora después, salía de su casa, completamente vestido y equipado con un impermeable, pues seguía lloviendo.

Antes de ponerse en campaña, desayunó. Después se dirigió a un garaje donde alquilaban coches y tomó uno.

El tiempo continuaba lluvioso, desdibujando los contornos de las cosas con una capa de niebla vaporosa, de cuyo seno brotaban infinidad de minúsculas gotitas de agua. Jay hubo de conducir con ciertas precauciones, reduciendo la velocidad del coche, pese a sus deseos en llegar cuanto antes al lugar en que había deducido podía hallarse Clarissa Henks.

A cinco millas de la ciudad, derivó hacia la izquierda. Siguió por un caminejo que ya conocía y que se hallaba en aquellos momentos casi completamente encharcado. Antes de salir a la explanada, detuvo el coche y se apeó.

Subióse el cuello de la gabardina. Meditó unos momentos.

No le convenía acercarse a la casa por el frente. Quizá Clarissa no estaba sola. Debía llegar al edificio sin ser advertido.

Se adentró en la espesura, dando un gran rodeo. El suelo estaba cubierto de una espesa capa de vegetación chorreante de agua, que en pocos momentos le empapó los pies hasta más arriba de los tobillos. Las ramas de los árboles y los matorrales expelían agua continuamente.

Jay maldijo aquel tiempo de perros.

Describió un gran semicírculo. Finalmente, se situó a espaldas de la casa.

Examinó el terreno. Había una puertecita trasera. Estaba cerrada en aquellos momentos, pero el edificio disponía de otras ventanas también bajas. Se arriesgó a cruzar rápidamente el espacio descubierto que había entre la linde del bosque y la casa.

Llegó a la puerta. Tanteó el pomo. Estaba cerrada con llave.

Un poco enojado consigo mismo, se deslizó hacia la primera ventana. Después de algunos esfuerzos, ya que la madera estaba hinchada por la humedad, consiguió levantar el bastidor.

Pasó al interior, encontrándose en una habitación polvorienta y mohosa. Cruzó hasta el otro lado y abrió la puerta, escuchando. No se oía el menor ruido.

Salíó al vestíbulo. Si Clarissa se encontraba en la casa, debía hallarse en alguna de las estancias del piso superior.

Subió lentamente los escalones, procurando no hacer crujir la madera. Llegó al rellano que ya conocía.

Abrió una puerta; no había nadie al otro lado.

La segunda habitación estaba igualmente desierta. Finalmente, encontró un dormitorio ocupado.

Había una mujer durmiendo en el lecho, con los brazos desnudos fuera del embozo de la sábana. Sus ropas aparecían descuidadamente tiradas por el suelo. Los cabellos de Clarissa Henks estaban esparcidos en torno a su cabeza y formaban como una aureola dorada que le confería un singular encanto.

La ventana tenía las persianas bajadas. Silenciosamente, Jay caminó hacia la pared opuesta y tiró del cordón. La luz del día penetró en la estancia.

Sonó una voz soñolienta.

—¿Eres tú, Bill?

Jay contestó con un gruñido.

—¿Hasta cuándo me vas a tener aquí, mi vida? —dijo Clarissa, todavía con los ojos cerrados—. Me aburro enormemente, ¿sabes?

—Es lógico —contestó Jay. Se puso un cigarrillo entre los labios y caminó hasta sentarse a los pies de la cama—. Yo también me aburriría si estuviese aquí solo.

Clarissa lanzó un gritito y se sentó en el lecho, sin preocuparse demasiado de cubrir sus mal velados encantos.

—¡Usted! —exclamó con los ojos centelleantes—. ¿Quién le ha dicho que yo estaba aquí?

—Un pajarito —contestó Jay, expeliendo el humo.

Ella le miró con furia. Después trató de sonreír.

—Estaba cansada de la pensión de la señora Murrill —dijo.

—Quizá. —Jay contempló especulativamente la ceniza de su cigarrillo—. Si mal no recuerdo, ayer me llamó usted citándome a las nueve y media en el «Doryanna».

—Bueno. —Clarissa remoloneó—, me salió un compromiso inesperado y... Le ruego me disculpe, Armand.

—A las nueve y media —siguió Jay, en el mismo tono—, no sólo no apareció usted en el «Doryanna», sino que en su lugar vinieron dos pistoleros que acribillaron al barman, un tal Chick. ¿Le conocía usted?

—De..., de vista. —Clarissa estaba muy nerviosa—. Cu..., cuánto lo siento. Pobre Chick, era un buen muchacho.

—Debió meterse en un lío gordo y lo acribillaron a balazos. Por lo visto, no era tan inofensivo como parecía.

—Si está creyendo que yo tengo alguna relación con el hecho, se equivoca, Armand. Repito que me salió un compromiso...

—¿Con «Shooting» Bill?

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó Clarissa vivamente.

—El mismo pajarito que me señaló el sitio donde estaba usted escondida —dijo él, impertérrito.

—¡Eso es mentira! ¡Alguien le habló de esta casa!

Jay dio un par de chupadas al cigarrillo. Luego lo tiró a un rincón y se puso en pie con gesto indiferente.

De pronto, actuando con rápidos movimientos, se arrojó sobre Clarissa, a la cual halló desprevenida. Asió con fuerza ambas muñecas de la mujer, pegó un brusco tirón y la sacó de la cama, arrojándola por el suelo.

Clarissa gritó sorprendida. Rodó un par de veces sobre sí misma y luego se puso en pie, tambaleándose aturdida y estupefacta por la imprevista acción del joven.

Jay se fue hacia ella y, antes de que pudiera recuperarse, le asestó dos enormes bofetadas que la derribaron nuevamente por tierra. Buena parte de los encantos de Clarissa quedaron al descubierto, pero Jay no estaba de humor para contemplar

exhibiciones de carne femenina.

Agarrándola por un brazo, la obligó a ponerse en pie.

—Me citó para las nueve y media en el «Doryanna». Eso significa que sabía que Chick iba a morir. ¿Quién se lo dijo?

Jay corrió hacia la ventana, asomándose con precaución detrás de las cortinillas. El coche era un «Cadillac» negro, largo, de cuyo interior salieron tres hombres.

Clarissa estaba pegada junto a él. Sintió claramente el estremecimiento del cuerpo de la muchacha.

—¡Es Bill!

CAPÍTULO XII

Desde la ventana lo vieron todo claramente.

Bill dio unas órdenes a sus secuaces. Uno de ellos corrió, rodeando el edificio. Jay calculó que iba a situarse en la puerta trasera. El otro se quedó ante la principal.

Bill entró en el edificio. Las uñas de Clarissa se clavaron en el brazo de Jay.

—Por lo que más quiera —suplicó—, sáqueme de aquí.

—Venga.

Jay la agarró de la mano y se la llevó hasta la puerta, colocándose ambos al otro lado. Esperaron.

Los pasos de Bill no tardaron en dejarse oír. El individuo subía la escalera con toda tranquilidad.

Jay sintió que un sudor frío le cubría la frente casi de inmediato. Estaba desarmado, y tenía la seguridad de que Bill llevaba una pistola. Si no actuaba con precaución, podía verse en un grave compromiso.

Pasaron unos segundos. De súbito, la puerta se abrió.

Bill atravesó el umbral. Sigilosamente, Jay se situó a espaldas del individuo y le apoyó el dedo índice en los riñones.

—Un solo movimiento y eres hombre muerto, Bill —dijo.

El «gángster» se quedó quieto instantáneamente.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—¡Lo va a ver ahora mismo! —contestó Jay—. Vuélvase. Con las manos en alto.

El rufián obedeció. Sus ojos se dilataron por el asombro al reconocer al periodista.

Jay disparó su puño derecho con todas sus fuerzas. Sonó un fuerte chasquido y Bill cayó como un plomo al suelo.

El joven se abalanzó sobre el caído, registrándole frenéticamente. Pronto se encontró en posesión de una pistola de respetable calibre.

—Aprisa —exclamó en voz baja—, vístase.

Clarissa no se hizo la remolona. Jay corrió hacia la cama y tomando una sábana la rasgó en tiras, con las cuales ató y amordazó fuertemente al «gángster». En cuanto terminó, Bill había recobrado ya el conocimiento y le miraba con furia.

Jay le devolvió la mirada.

—La policía vendrá aquí —dijo— y le hará muchas preguntas relacionadas con la muerte de Janice Peterson, de Clary y, por supuesto, de Chick, el —barman.

Los ojos de Bill centelleaban.

—Ya estoy —dijo Clarissa de pronto.

—Muy bien. Vámonos.

Salieron de la habitación.

—Procure pisar sin ruido —recomendó él, fijándose en los agudos tacones de la joven—. Es preciso sorprender a los esbirros de Bill.

Ella asintió en silencio.

Llegaron al vestíbulo. Jay dudó unos momentos, pero acabó decidiéndose por el pistolero de la puerta principal. El coche estaba en aquel lado y les convenía utilizarlo para huir.

Agarró el brazo de la joven y la situó junto a la puerta. Pegó los labios a su oreja:

—Llámelo y dígame que Bill lo necesita arriba.

Clarissa movió los párpados en señal de asentimiento. Luego, Jay se colocó al otro lado de la puerta.

La joven abrió.

—Chico —dijo—. Bill te necesita allá arriba.

Jay oyó unos pasos pesados en el pórtico. Oyó también la voz del pistolero:

—¿Qué dices?

—Bill te llama. Está esperándote.

El pistolero vaciló. Clarissa se echó a un lado para dejarle entrar.

Entonces Jay le cayó encima y le golpeó con el cañón de su pistola en la nuca. El forajido se derrumbó al suelo como una masa inerte.

Los dos salieron de la casa a todo correr, dirigiéndose hacia el «Cadillac». Jay se situó tras el volante, pero pronto advirtió que no tenía la llave de contacto.

Maldijo entre dientes.

—Vámonos, tengo mi coche un poco más allá.

—Espere —dijo ella—; hemos de inutilizarles el suyo.

—Tiene razón.

Jay buscó el tapón del depósito de bencina y lo desenroscó. Luego se quitó el cinturón de su impermeable y lo metió todo dentro del depósito, aunque quedándose con un extremo del mismo.

—¿Viene alguien? —preguntó.

—Por ahora no —respondió Clarissa.

Jay sacó el cinturón, dejando que colgase hasta el suelo. Una parte del mismo quedó metida dentro del depósito.

—Retírese —dijo.

Clarissa se separó unos cuantos pasos. Entonces, Jay sacó una cerilla y la arrimó al cinturón empapado de gasolina.

El combustible prendió de inmediato. Jay echó a correr.

Unos segundos después sonó una explosión. Jay volvió la cabeza y vio que el «Cadillac» ardía en pompa.

—Corra, Clarissa —gritó.

Llegaron al camino. En aquel momento sonó un disparo.

Jay alcanzó la protección de un tronco. Se volvió.

El último de los pistoleros había dado la vuelta a la casa al escuchar el estallido del tanque de gasolina y disparaba contra ellos. Jay apretó el gatillo un par de veces, obligando al individuo a guarecerse tras la esquina.

Corrió hacia el coche. Clarissa estaba ya en el asiento delantero.

Jay le entregó las llaves.

—Conduzca usted —dijo—. Dé la vuelta al coche, pronto.

Se quedó junto a un árbol, esperando. No tardó en hacerse visible el pistolero.

Jay apretó el gatillo. El rufián soltó la pistola, se agarró una pierna con ambas manos y cayó al suelo.

—¡Listo! —gritó Clarissa.

Jay montó de un salto en el coche. Clarissa arrancó a toda velocidad, despidiendo con las ruedas traseras una nube de fango.

Un poco más tarde, cuando ya estaban en la autopista y en

relativa tranquilidad, Clarissa preguntó:

—¿A dónde vamos?

—Voy a esconderla en un sitio donde nadie pueda causarle el menor daño.

Ella le miró de soslayo.

—Parece ser que tiene usted mucho interés en mí, Jay —dijo.

—Por supuesto. Me interesa que un día declare lo que le dijo Bill con respecto a mí y al «Doryanna». Usted siempre podrá alegar que ignoraba de qué se trataba, pero dudo mucho que Bill pueda decir lo mismo.

Clarissa no contestó.

CAPÍTULO XIII

Myra les contempló llena de asombro al verlos entrar en su casa.

—Luego te explicaré —dijo él—. Ahora, lo que más necesitamos es una buena taza de café hirviendo.

—Conforme —dijo Myra, inexpresivamente—. Vamos arriba.

Myra trajo el café momentos después.

—¿Cómo La has encontrado, Jay? —preguntó.

—Usando la cabeza —respondió él, muy orondo. Y acto seguido, explicó cuanto le había sucedido. Terminó diciendo—: Es imperativo de todo punto que permanezca aquí hasta que hayamos descubierto al asesino de Janice.

—Por mi parte, no tengo inconveniente —declaró la muchacha—. ¿Qué dice usted a eso, Clarissa?

La rubia se encogió de hombros.

—Después de lo que he visto, no me queda otro remedio —hizo una mueca—. Ese bastardo de Bill venía a por mí.

Myra volvió los ojos hacia Jay.

—¿Cuál va a ser tu siguiente paso? —inquirió.

El joven vaciló.

—Verdaderamente, no lo sé. En pocos días ya han dejado de existir tres personas. Y todavía no sabemos ni los móviles ni la identidad del asesino. Clarissa —preguntó de pronto—, ¿sabe usted si Bill realizaba alguna actividad ilegal?

—Supongo que sí —contestó la rubia, desabridamente—. El «Alpine» puede ser una tapadera excelente para según qué clase de asuntos.

—Pero no lo sabe con exactitud.

—No.

—Usted era la... novia de Bill. ¿Nunca se franqueó con usted?

—Bill es un tipo muy astuto. Jamás soltaba prenda acerca de sus negocios, ni siquiera de los del «Alpine».

Jay volvió la vista hacia Myra.

—Tendré que indagar por otro lado —se puso en pie—. Bien, Clarissa queda a tu custodia.

—Conforme.

Jay se despidió de Clarissa y salió del estudio. Myra le acompañó hasta abajo.

—Hay una cosa que me extraña, Jay —murmuró la muchacha, ya en la puerta.

—¿Sí?

—Clarissa. —Myra bajó aún más la voz— estaba empleada en el guardarropa del «Alpine». ¿Por qué? Era la... novia de Bill, recuérdalo.

Jay abrió mucho los ojos.

—Es cierto —musitó, harto pensativo—. Me parece que hubiera debido ocupar un sitio mejor.

Myra sonrió levemente.

—Ahora queda a mi cuidado. Tengo la sensación de que es una pájara de cuenta.

—Pero tú, con habilidad, podrás ir sonsacándola al cabo del tiempo, ¿no?

Myra parpadeó en señal de asentimiento. Luego asió suavemente el brazo del joven.

—Cuídate, Jay —dijo.

—Sí —la atrajo hacia él—. Por ti.

Myra se puso muy encarnada.

—Jay... —murmuró. Pero cuando él quiso besarla, volvió un rato la cara a un lado. Su seno palpitó con violencia—. No, por favor, no.

—Está bien —dijo él, en tono de decepción—. Otro rato.

—Sí —contestó Myra simplemente.

Jay salió a la calle y montó en el coche alquilado. Durante unos momentos permaneció ante el volante, sumamente indeciso.

De pronto recordó una cosa.

Las contraseñas... Lincoln... Figueroa... Hennyson...

Una de las tres palabras explotó en su cerebro con la fuerza de una granada.

¡Hennyson!

Era el nombre de una calle. Y él conocía a una persona que vivía en esa calle.

La señora Murrill.

Dio el contacto, soltó el freno, embragó y arrancó.

Para llegar a la calle Hennyson tenían que pasar por Figueroa. De pronto recordó que estaba solamente con el desayuno.

Buscó un lugar vacío y aparcó el coche. Caminó hasta entrar en el

«Grantham's».

—Un bocadillo de carne picada con mostaza y una taza de café —pidió.

Comió con buen apetito. Mientras lo hacía, pensó en la señora Murrill. ¿Se hallaría complicada la mujer en el asunto?

Estaba a mitad del refrigerio cuando, de pronto, vio algo que le llamó la atención. Alguien había sacado un pañuelo verde y se limpiaba el rostro con el mismo.

¡Un pañuelo verde! ¡Chick usaba también una prenda similar!

Escrutó al individuo del pañuelo. Era de apariencia inocua, un tipo como había muchos a aquellas horas en el

«Grantham's».

El individuo estaba tomando un bocadillo y una taza de café. Probablemente era un empleado de alguna de las numerosas oficinas o tiendas que había en la calle.

En aquel momento oyó una voz que pronunciaba su nombre.

—¡Señor Armand!

Se volvió. Era

O'Moyne.

—¿Qué tal? —Je saludó.

—¿Cómo marcha su reportaje?

Jay hizo un gesto ambiguo.

—¡Psé! Arañando un poco de aquí, otro poco de allá... Quizá consiga escribir algo decente. Lo más probable, sin embargo, es que acabe dándole de lado.

—¡Caramba! Me extraña su desánimo, señor Armand —dijo O'Moyne.

Jay movió la cabeza.

—Es un crimen hartito misterioso para que pueda resolverlo un

simple periodista. Terminaré dejándolo en manos de la policía.

O'Moyne

sonrió.

—¿Es que la policía no investiga?

—Oh, supongo que sí. Fue una frase que se me escapó sin pensar. El director del «Leader» acabará por enojarse conmigo si no le consigo resultados prácticos. Y por ahora, no puedo decir que haya adelantado gran cosa.

—Lo siento de veras —manifestó

O'Moyne,

removiendo su café con la cucharilla—. Apreciaba mucho a Janice, créame; y nada me gustaría más que el asesino fuera apresado.

—Pues si quiere saber mi opinión, estamos ante lo que suele llamarse el crimen perfecto, señor

O'Moyne.

Jay terminó su café y sacó dinero del bolsillo para pagar.

El gerente extendió su mano.

—Por favor, permítame.

—Gracias, señor

O'Moyne.

De pronto, Jay vio que el individuo del pañuelo verde se dirigía hacia la salida.

—Bien, señor

O'Moyne...,

tendrá que dispensarme, pero he de continuar mi trabajo. Me complace mucho haberle saludado.

—Digo lo mismo, señor Armand. Y añadido: ¡buena suerte!

—Gracias. Adiós.

Salió' a

la calle.

El hombre del pañuelo verde acababa de subir a un coche de color crema, con el que partió de inmediato.

Jay saltó al suyo y lo puso en marcha. Procuró situarse detrás del individuo, sin hacerse, no obstante, demasiado visible, a fin de no llamar la atención.

El trayecto duró poco, diez minutos escasamente. Al cabo de dicho tiempo, el hombre del pañuelo verde detuvo su coche frente a una casa de la calle Hennyson.

Jay siguió cincuenta metros más arriba y luego viró en redondo, deteniendo el vehículo a veinte pasos de la puerta de la casa donde había entrado el individuo.

Encendió un cigarrillo.

—Vaya —comentó—. De modo que la señora Murrill también anda liada en esto.

Esperó. Apenas si tuvo tiempo de fumarse el cigarrillo.

El individuo salió con un paquete en las manos. Jay recordó que había entrado con las manos vacías.

El paquete no era muy grande, como una caja de bombones de regular tamaño. Jay sufrió un sobresalto.

El hombre del pañuelo verde puso en marcha su coche. Jay arrancó tras él, ganando velocidad.

Cincuenta metros más adelante se situó a su nivel. De pronto, golpeó el volante hacia la derecha.

El otro se vio empujado hacia la acera. Para no saltar el bordillo hubo de frenar bruscamente, Jay frenó también.

Saltó al suelo y corrió hacia el otro coche. El individuo le increpó a grandes voces, insultándole groseramente y recomendándole un curso de conducción de automóviles.

—Déjese de cuentos. Deme La caja.

La boca del individuo colgó repentinamente.

—¿Eh? ¿Qué está diciendo?

La supuesta caja de bombones estaba en el asiento delantero, a la derecha del volante, Jay dio la vuelta y abrió la portezuela, apoderándose de la caja.

—¡Deje eso! —chilló el tipo—. ¡Usted no tiene derecho a...!

De pronto se oyó el rugido de un motor. Jay divisó un automóvil negro que corría a toda velocidad por la calle en dirección a ellos.

Fue el instinto más que nada lo que le hizo ejecutar el movimiento, lanzándose de cabeza al suelo. En el mismo instante tableteó una ametralladora.

Alcanzado de lleno por la ráfaga, el hombre del pañuelo verde pareció envuelto por unos instantes en el núcleo de un ciclón. Dio varios pasos a un lado y a otro hasta que, de repente, se derrumbó al suelo, arrojando ríos de sangre por las heridas.

El fragor de los estampidos cesó. Jay se atrevió a levantar tímidamente la cabeza, viendo al automóvil negro que se

empequeñecía rápidamente.

Se puso en pie, observando que la parte delantera de su impermeable estaba hecha una lástima. De pronto recordó al hombre del pañuelo verde.

Una sirena policial aulló a lo lejos. Jay dio media vuelta y se inclinó sobre el individuo, comprobando que estaba muerto.

Sin soltar la caja, corrió hacia su coche y arrancó a toda velocidad de aquel lugar.

En sitio seguro abrió la caja. Se hallaba atestada de sobrecitos de papel. Abrió uno y vio que estaba lleno de un polvo blanquecino, parte del cual echó sobre la palma de la mano.

Acercó la mano a la boca y sacó la lengua. El gusto amargo del polvillo confirmó inmediatamente sus sospechas.

CAPÍTULO XIV

Esperó pacientemente a que se hiciera de noche. Entonces salió del automóvil y se acercó a la residencia de la señora Murrill.

Llamó a la puerta. Una muchacha joven y atractiva salió a recibirle.

—¿Sí? —dijo.

—Perdone, señorita. Me llamo Jay Armand y soy periodista. Del «Leader»... Desearía entrevistarme con la señora Murrill.

—Me temo que eso no va a ser posible, señor Armand —contestó la chica.

Jay pegó un respingo.

—¿Por qué?

—Hace cuatro horas, la señora Murrill recibió un telegrama en el cual le anunciaban que una tía suya estaba gravemente enferma, en Akron, Ohio. Metió cuatro cosas en su maleta y se largó.

Jay se mordió los labios. Aquello tenía todo el aspecto de una fuga precipitada. La Murrill se había enterado de la muerte del hombre del pañuelo verde y había escapado a todo correr.

—Entonces —preguntó un tanto absurdamente—, ¿quién se encarga ahora de la pensión?

—Yo —contestó la joven—. La señora Murrill me dijo si podía suplirla en su ausencia. Soy recién llegada a la ciudad y aún no tengo trabajo, de modo que acepté. Por lo menos, viviré gratis los días que ella esté ausente. Oh, perdón, no me he presentado; me llamo Lois Kopacs.

—Encantado, señorita Kopacs. —Jay hizo un gesto de lástima—. Era tan importante para mí ver a la señora Murrill...

—Si puedo servirle en algo... —se ofreció la joven.

Jay meditó unos momentos. Al fin dijo:

—Escuche, ¿le importaría dejarme ver un momento el despacho de la señora Murrill?

—No. Pase usted, señor Armad.

Lois Kopacs le condujo hasta la pieza señalada.

Mientras caminaban, manifestó que llevaba una semana escasa en la ciudad y que hasta el momento no había podido encontrar trabajo.

—Yo le daré una tarjeta para mi jefe. Quizá él le consiga plaza en las oficinas del «Leader».

—Se lo agradeceré infinito, señor Armand —dijo la muchacha, sinceramente.

Entraron en el despacho. Sin pérdida de tiempo, Jay se puso a registrar todo, procurando dejar las cosas ordenadas.

Al cabo de casi una hora, desistió de su empeño. Resultaba imposible encontrar nada que pudiera aclararle definitivamente las actividades de la Murrill.

Se sentó ante la mesa y empezó a hojear los papeles. Quizá allí...

Los documentos que había no le dijeron nada de particular. Examinó los libros de cuentas; parecían en regla.

De pronto, su vista recayó en un libro grande y no muy grueso.

—Es el registro de las pensionistas —dijo Lois Kopacs.

Jay lo abrió por pura curiosidad. Examinó unos cuantos nombres al azar.

Súbitamente, su vista chocó con un apellido que se le antojó conocido en los últimos días.

—Byngton —murmuró—. Alma Byngton.

—Es una muchacha muy mona, aunque extremada —dijo la Kopacs—. ¿La conoce usted?

—El apellido me suena —murmuró Jay, meditabundo. ¿Dónde lo había oído?

—Trabaja en una empresa comercial, en la calle Figueroa. Es alta, muy bien formada, pelirroja...

—¡Pelirroja! —explotó Jay.

Miró a la muchacha y sonrió.

—Un millón de gracias, señorita Kopacs. ¿Dijo en la calle Figueroa...?

—Así es —y le dio el número donde se ubicaba—. Aunque no sé

exactamente en qué consiste su trabajo. Ya le he dicho que llevo menos de una semana en la ciudad...

Jay cerró el libro.

—Si mis suposiciones son correctas, señorita, puede usted contar con el empleo en el «Leader». El director no me lo negará, se lo aseguro.

—¡Oh! ¡Sería magnífico, señor Armand! —exclamó Lois, muy entusiasmada y con los ojos brillantes.

—Pero con una condición.

—Aceptada de antemano.

—No diga usted a nadie ni una sola palabra acerca de mi presencia aquí.

—Se lo prometo, señor Armand.

Jay salió del despacho. Lois le acompañó hasta el vestíbulo.

—Recuerde, señorita Kopacs: ni una palabra.

—Descuide, seré muda como una tumba.

Desde La pensión, Jay se trasladó a casa de Myra. Al llegar allí se llevó una gran sorpresa.

Myra estaba tendida en un diván, con una bolsa de hielo sobre la cabeza.

—¿Qué te sucede? —preguntó.

—Clarissa. Aprovechó un descuido mío y me golpeó, dejándome desvanecida. Luego se marchó.

Jay masculló una interjección.

—¡Esa pérdida! Vaya una manera de agradecer los favores que se le hacen.

Se arrodilló junto al diván y tomó entre las suyas las manos de la muchacha.

—Lo importante es que estés bien, Myra.

Ella sonrió suavemente.

—Gracias, Jay. ¿Has averiguado algo?

El rostro del joven se ensombreció.

—Sí. La señora Murrill se dedicaba al tráfico de drogas. Ha huido.

—¡Jay! —exclamó ella, sentándose de golpe en el diván. Su pecho palpitó con violencia—. Eso quiere decir que Janice...

Y se interrumpió. Un penoso silencio se hizo en la estancia. La lluvia batía monótonamente contra los cristales.

—No acabo de creer a mi hermana complicada en un asunto semejante, Jay —dijo ella, un rato después.

—No podemos afirmar nada ni en favor ni en contra —contestó Jay.

—¿Qué harás ahora?

Jay se sentó en el suelo y apoyó los hombros en el borde del diván, a la altura casi del rostro de Myra.

—Mañana por la mañana —dijo— tengo que comprobar una teoría. Si es cierto lo que pienso, tendrás que convertirte en actriz de teatro. Creo recordar que, en una ocasión, dijiste que estabas graduada en secretariado comercial.

—Así es, aunque no veo qué tiene que ver el teatro con la oficina —dijo ella, muy extrañada.



—Lo sabrás cuando haya comprobado esa teoría, querida —dijo él, enigmáticamente.

Callaron un momento. Millones de gotas de lluvia chisporroteaban suavemente sobre los cristales.

La mano de Myra acarició de pronto la mejilla de Jay. Éste se volvió, quedando arrodillado junto al diván, con la cara muy próxima a la de la muchacha.

—Myra —murmuró.

Ella entreabrió los labios. No opuso resistencia cuando los brazos del joven rodearon su cintura.

—Jay —susurró.

Su aliento quemaba. Jay acercó su boca a la de Myra.

Ella le acarició la nuca. Sus labios se aproximaron más todavía.

En aquel momento sonó un pequeño golpe en el piso inferior.

Jay se volvió rápidamente, Myra se sentó de golpe en el diván.

El silencio era agobiante. Un peldaño crujió de súbito.

—Jay, viene alguien —murmuró ella.

Una brusca ráfaga de viento hizo rechinar los cristales.

—Tu revólver, pronto —dijo él en voz muy baja.

Myra corrió hacia una mesita próxima. Abrió el cajón y sacó el arma.

Jay se puso en pie frente a la puerta del estudio, El individuo subía muy despacio la escalera.

La madera de uno de los peldaños emitió un gemido. Los pasos se detuvieron de pronto.

Jay sintió que Myra estaba temblando. Rodeó sus hombros con el brazo izquierdo y la atrajo hacia sí.

El hombre continuó su ascenso. Crujió otro peldaño y al fin llegó al rellano.

Los pasos se aproximaron a la puerta del estudio.

Jay tenía los nervios a punto de estallar. ¿El asesino?

El pomo de la puerta giró. Ésta empezó a abrirse lentamente.

Y Jay, entonces, levantó la mano armada, apuntando al hombre que, chorreando agua, cruzaba el umbral en aquellos momentos.

Su dedo índice presionó ligeramente el gatillo.

CAPÍTULO XV

El teniente Berryan, de la División de Homicidios, respingó.

—Guarda ese trasto, tú.

Jay relajó sus músculos. Sintió que desaparecía la intolerable tensión nerviosa que se había apoderado de él durante unos agobiantes momentos.

—¡Demonio! —Gruñó—. ¿No podías haber entrado de otra forma?

Desamartilló el revólver y se lo guardó en el bolillo.

Berryan se quitó el sombrero y lo sacudió para expulsar el agua. Luego se despojó del impermeable.

—¿No hay por ahí una copa para mí? —rezongó.

—Myra —dijo Jay, simplemente.

La muchacha trajo una botella y tres copas. Jay hizo las presentaciones.

—Myra, el teniente Berryan. Berryan, la señorita Radd.

El policía despachó de un golpe su copa.

—Como suele decir «Caronte» Smith, a la salud del asesino —miró a la joven—. Me refiero al asesino de su hermana, señorita Peterson.

Myra se estremeció. Jay soltó un resoplido.

—¿Cómo lo has sabido, Berryan?

—La gente suele tomarnos por tontos a los policías. Así es como solemos atrapar a los criminales.

—¿Y...?

Sin pedir permiso, el policía se sirvió otra copa.

—Hace una noche de perros. Jay, has ido dejando un rastro que lo hubiera podido seguir hasta un ciego. Muertes por todas partes... En fin, estarás satisfecho, supongo.

—No del todo. Las muertes cometidas son consecuencia del asesinato de Janice Peterson.

Berryan se acercó al caballete y examinó con ojo crítico el cuadro que había allí a medio pintar.

—¿Suyo, señorita Peterson?

—Sí —respondió ella.

—No está mal —comentó el policía. Se volvió hacia Jay, con la copa en la mano—. Cuéntame todo lo que sepas, tú.

Jay empezó a hablar y lo estuvo haciendo durante largo rato, sin que Berryan le interrumpiese, acompañándole solamente, de vez en cuando, con algunos gestos de asentimiento.

Pero el joven se calló astutamente su último descubrimiento acerca de Alma Byngton.

—¿Y las drogas?

—Están en mi coche. Puedes llevártelas cuando quieras, Berryan.

—Lo haré. Ah, una advertencia, Jay.

—¿Sí?

—Olvida este asunto. Deja que seamos nosotros los que nos encarguemos de hallar al asesino de Janice Peterson.

—Bueno.

—Si veo que te mueves demasiado, te encerraré unos cuantos días para que nos dejes en paz; ¿estamos?

—Sí.

—Ve siempre que quieras por mi despacho. Te daré las informaciones que desees. Pero, por favor, no te metas a detective.

—Conforme.

Berryan se colocó la gabardina y el sombrero.

—Noche de perros —masculló—. Adiós.

Jay y Myra oyeron cerrarse la puerta del exterior. Entonces se miraron.

—Te ha prohibido que actúes —dijo ella.

—Pero no me ha encerrado todavía.

—Si te coge, lo hará.

Jay la tomó por los hombros.

—Procuraré escurrirme —dijo—. Entretanto, ¿por qué no reanudamos nuestra conversación en el punto en que la interrumpimos cuando vino el policía?

Ella abrió mucho los ojos.

—No recuerdo, Jay —pero sonreía abiertamente. Y devolvió el beso con furia apasionada cuando él aplastó los labios contra los suyos.

Desayunaron muy pronto a la mañana siguiente. Apenas había alboreado y Jay tenía mucha prisa.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó ella cuando ya salía.

—Comprobar mi teoría —la besó suavemente en una mejilla—. Cuídate y mantén el fuego sagrado mientras tu hombre está ausente, cazando en la selva para ti. —La imagen es sumamente gráfica.

—Como tus pinturas. ¡Adiós, nena!

Salíó. Continuaba lloviendo.

Se dirigió rectamente a la calle Figueroa, aparcando el coche a corta distancia de

«Grantham's».

Era aún muy pronto, y las tiendas y oficinas estaban cerradas todavía.

Buscó el número que le indicó la Kopacs y franqueó el umbral.

Entró en el ascensor. No había mozo, de modo que él mismo tuvo que arreglárselas para alcanzar el piso deseado. Al fin salió del aparato.

El corredor estaba lleno de puertas que eran despachos comerciales, de no muy próspera apariencia, según parecía. Jay buscó uno determinado.

En la puerta del que buscaba había un rótulo:

«Compañía Byngton de Importaciones y Exportaciones»

Dos pisos más abajo oyó el zumbido de una aspiradora de polvo. La encargada de la limpieza no le oiría.

Sacó un trocito de alambre del bolsillo y manipuló la cerradura hasta abrirla. Luego entró y cerró a sus espaldas.

El despacho era corriente: una mesa con sillón giratorio, dos sillones para los visitantes, un teléfono, dos armarios archivadores y un cuartito de aseo adjunto. Varios cuadros que representaban

veleros de fines de siglo y un paisaje componían la ornamentación de la estancia.

Jay se sentó ante la mesa y empezó a abrir un cajón tras otro, registrando cuidadosamente todos los papeles que encontró al paso, sin hallar ninguno que pudiera servirle para nada. Al cabo de un cuarto de hora, examinó los archivadores.

Se detuvo en el centro del despacho, rascándose la cabeza con aire meditabundo. Notóse las manos un poco sucias y pasó al lavabo.

Abrió el grifo y empezó a lavarse. Había una toalla en el toallero y se secó con ella, procurando dejarla luego tal como estaba. Al hacerlo, su mano presionó el toallero sin darse cuenta y algo crujió levemente.

Jay respingó al ver girar todo un panel de pared. Su boca se abrió desmesuradamente.

Había ante él un pequeño pasillo, oscuro, de unos tres o cuatro metros de largo. Lo atravesó en silencio, encendiendo una cerilla para alumbrarse.

Divisó una puerta ante él. Buscó la cerradura y la abrió, encontrándose en un cuartito que servía para colgar los abrigos y otras prendas.

La puerta del ropero era corrediza. Jay la deslizó a un lado y...

—Bien —resopló—, parece ser que la realidad supera a la ficción en este caso.

Regresó procurando dejarlo todo como lo había encontrado. Volvió al despacho de la Byngton y se quedó un momento detenido en el centro de la estancia, mientras, meditaba profundamente.

Parado como estaba, no se dio cuenta de que había vuelto las espaldas a la puerta de entrada, hasta que oyó una voz:

—¡Levante las manos por encima de su cabeza! ¡Pronto o disparo!

CAPÍTULO XVI

Jay se rehízo bien pronto de su sorpresa.

—¡Caramba! ¡Sí que está madrugadora, señorita Byngton!

La pelirroja dijo:

—No se mueva de su posición. Voy a llamar a la policía.

Jay continuó con los brazos en alto. Con el rabillo del ojo pudo ver a la joven dirigirse hacia el teléfono y levantarlo con una mano, mientras que con la otra le encañonaba con un pequeño revólver.

—Yo —dijo— en su lugar no llamaría a la policía, Alma Byngton. Le harían muchas preguntas indiscretas y sería peor para usted.

La pelirroja detuvo el gesto. Jay se volvió un poco hacia ella.

—¡No se mueva o dispararé! —gritó ella, blandiendo el revólver en forma poco tranquilizadora.

—Parece que tiene mucho miedo —comentó Jay—. ¿De qué o de quién?

—¡Yo no tengo miedo de nadie! —exclamó ella—. ¿Qué es lo que pretende usted en mi despacho?

—Curiosidad, simplemente curiosidad... —contestó Jay en tono banal—. Ya sabe usted, ése es un vicio del cual los periodistas no podemos curarnos.

—Hay un modo definitivo de sanar la curiosidad —dijo ella, rechinando los dientes y crispando su dedo sobre el gatillo.

—El disparo se oiría, señorita Byngton. Habría mucho escándalo y...

La pelirroja sonrió desdeñosamente.

—¿Cree usted que me harían algo? Me desgarraría las ropas y me haría algunos arañazos en la cara. Los jurados suelen absolver siempre a las mujeres que matan en defensa de su virtud ultrajada.

—¿Qué virtud? —preguntó Jay, sarcásticamente. Pero en su interior no estaba seguro de que la pelirroja no acabase haciendo lo que decía.

—Demasiado sabe lo que quiero decir —contestó Alma Byngton, airadamente—. ¿Qué es lo que buscaba aquí?

—Nada. Información para mi periódico, eso es todo. Pero no encontré nada que pudiera interesar a mis lectores.

—No me fío de usted —dijo la pelirroja recelosamente—. Está mintiendo. Y voy a matarle, Armand.

—¿Por qué? ¿Por haber entrado en su despacho un poco antes de la hora? Disparar contra mí significa que teme algo. Y una persona que teme, es que ha cometido algún delito —arguyó la joven—. ¿Es usted una delincuente?

—No tengo ganas de discutir. Esperaremos unos momentos y luego decidiremos lo que se ha de hacer con usted. Quizá —añadió ella venenosamente— en lugar de matarle aquí lo hagamos en otro sitio más discreto.

—Observo que habla en plural. Plural significa dos por lo menos. ¿Quién es el otro?

—¡Eso no le importa a usted! ¡Lo sabrá, sí, pero ya no podrá repetirlo a nadie!

—Muy bien —contestó el joven—. Resignémonos, pues. Oiga, ¿puedo bajar los brazos? Empiezo a cansarme y...

—¡Siga como está y no se mueva hasta que se lo ordene!

La expresión de Alma Byngton lo era todo menos amistosa.

Jay tenía ganas de marcharse de allí. Estuvo a punto de formularle algunas preguntas a su airada interlocutora, pero se contuvo; no quería hacerse más sospechoso de lo que era ya. Pero ¿cómo distraer a aquella individua, que no le quitaba el ojo de encima?

—Se me cansan los brazos —insistió.

—¡Muérase! —dijo la pelirroja ofensivamente.

—No es usted muy caritativa que digamos —gruñó el joven—. Repito que todo ha sido un error...

—¡A callar!

Jay cerró la boca. Pensó furiosamente. Tenía que hallar un pretexto que pudiera distraer a la pelirroja. El cañón del revólver le apuntaba firmemente al cuerpo y antes de que hiciera el menor

gesto, ella dispararla sin vacilar.

De pronto, se le ocurrió una idea.

—Oigo ruido —dijo.

—¿Hacia dónde? —preguntó ella suspicazmente.

—En el lavabo. ¿No se habrá dejado usted el grifo abierto? El agua está goteando y si sale aquí, le echará a perder esa alfombra tan preciosa que...

Alma Byngton bajó la vista un momento. Entonces Jay, a la vez que saltaba a un lado, le arrojó el sombrero al rostro.

La pelirroja blasfemó. Jay saltó lateralmente hacia; ella, agarrándole con todas sus fuerzas la muñeca armada. Pegó una terrible sacudida y la pistola cayó al suelo.

Acto seguido, y antes de que Alma pudiera recuperarse, la hizo girar en redondo, forzándole el brazo que todavía no le había soltado. Después la empujó hasta la mesa.

—Escucha —dijo—, siéntate ahí y escribe lo que yo te dicte.

—¡No, maldito hijo de perra!

¡Slash!

La cabeza de la pelirroja saltó disparada a un lado cuando Jay le aplicó la mano con todas sus fuerzas en la mejilla. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Jay recogió el revólver y lo aplicó a la cabeza de Alma.

—Oye bien lo que voy a decirte: coge una pluma y un papel y escribe lo que dictaré a continuación. Te doy de tiempo tres segundos; si para entonces no has empezado a escribir, juro que desparramo tus sesos sobre la alfombra.

El tono de Jay y su actitud eran sobradamente truculentos para que la pelirroja no sintiera un pavor espantoso. Sin replicar una palabra, cogió una pluma.

—Está bien, maldito bastardo. ¿Qué es lo que tengo que poner?

—«Querido: He tenido que salir con urgencia. Volveré lo más pronto que pueda. Cariños, Alma». Eso es todo. ¿Está ya?

Alma tiró la pluma con furia contra la pared.

—Sí —masculló rabiosamente.

—Ahora vas a venir conmigo, y pon atención: no hagas ningún gesto sospechoso o dentro de una hora te encuentras en la Morgue. Y si eres que no soy capaz de agujerear tan linda cabecita, prueba a hacerlo. Vamos, ponte en pie.

La pelirroja obedeció, encaminándose hacia la puerta. Jay la atrapó por el brazo izquierdo, metiéndose la pistolita en el bolsillo del impermeable.

—Recuerda bien: te estaré apuntando durante todo el rato. No abras la boca, si quieres seguir luciendo el físico.

Myra se quedó boquiabierta al ver entrar a Jay con su acompañante. Quiso pedirle explicaciones, pero él la atajó.

—Más tarde. Ahora necesito que me guardes a esta perdida.

—¿Y qué me golpee en la cabeza, como Clarissa? —se quejó ella.

Jay se quedó un poco parado.

—Tienes razón. No debemos correr riesgos. Rasga una sábana en tiras.

La boca de Alma Byngton vomitó mil obscenas imprecaciones cuando Jay la ató sólidamente de pies y manos. El joven se hartó de tantos insultos y la amordazó igualmente.

Una vez estuvo atada y amordazada la prisionera, Jay la encerró en un cuartito, cuya llave se echó al bolsillo. Mientras tanto, Myra había estado contemplando todas las operaciones que realizaba el joven con innegable interés.

—Jay —preguntó, devorada por la curiosidad—. ¿Qué te propones hacer con todo eso?

El acarició suavemente su mejilla.

—Lo sabrás más tarde. Ahora tendrás que dispensarme; debo salir.

Y se marchó, dejándola con la palabra en la boca.

Volvió dos horas más tarde, con un extraño paquete en las manos.

—¿Tienes un espejo a mano? —preguntó.

—Claro que sí, pero...

—Bueno, bueno. —Jay consultó su reloj—. Son ya las once y media y no podemos perder demasiado tiempo. A las doce y media tienes que tomarte un bocadillo y una taza de café en el «Grantham's».

A propósito, ¿qué tal sigue la prisionera?

—Bien. Ha pateado un poco la puerta, pero cuando se ha dado cuenta de que no le haría caso, se ha quedado tranquila. Y a propósito, la radio ha facilitado una noticia interesante.

—¿Sí?... —dijo Jay, mientras forcejeaba con las cuerdas que

sujetaban el paquete.

—La señora Murrill ha aparecido asesinada. Dos balazos en la cabeza.

Jay suspendió un instante su labor. Hizo un gesto de pesar.

—Todos los que se meten en líos de esta clase acaban así —comentó.

—¿También Janice? —preguntó ella, intencionadamente.

Jay no contestó.

Terminó de abrir el paquete. Del interior de una gran caja de cartón sacó una peluca negra, de largos cabellos ondulados.

—Creo que el cuarto de baño sería el lugar más indicado para proceder a tu caracterización —manifestó—. ¿Recuerdas? Dije que tendrías que portarte como una actriz de teatro.

—Sí, pero no entiendo...

—Ven conmigo —y la arrastró, a pesar de sus protestas.

Una vez en el baño, la situó ante el espejo. Luego Je colocó la peluca, ahuecando los cabellos para que la cayeran a lo largo de os hombros.

El efecto resultó prodigioso. Myra se agarró al borde del lavabo con manos crispadas.

—¡Jay, no! —gritó.

Y trató de arrancarse la peluca que tanto parecido le confería con su hermana, cayeran a lo largo de los hombros.

—¡Escucha! —exclamó con violencia—. ¡Se trata de castigar al asesino de Janice! ¿Quieres colaborar o prefieres que siga paseándose impunemente por las calles?

—Tenemos a Alma...

—Eso no es suficiente. Hemos de atraerlo a una trampa. Con la pelirroja sólo podríamos probar (y aún no es demasiado seguro) su participación en el negocio de las drogas. De esta forma, le haremos declarar que fue él quien asesinó a tu hermana. ¿Me has comprendido?

—Sí, pero... ¿quién es él?

—Lo verás cuando haya caído en el lazo. Ahora, arréglate en el espejo y procura maquillarte como lo hacía Janice. ¿Ésta, llevaba el pelo suelto o se hacía moño? Ya ves que he comprado la peluca lo suficientemente larga para que te coloques el cabello como lo solía hacer ella.

—Cuando trabajaba en la oficina solía hacerse un pequeño moño en la nuca.

—Bueno, pues manos a la obra, que estamos ya perdiendo el tiempo. Y sobre todo, ten en cuenta una cosa, obra con completa sinceridad, con calma, como si fueses ella. Si te preguntan en el «Grantham's»,

contesta que has estado ausente, de viaje. No des más explicaciones, ¿estamos?

Myra empezó a arreglarse el pelo.

—¿Y después?

—Pides un bocadillo y una taza de café. Hazlo como si tuvieras mucha prisa, lo mismo que los empleados que salen a comer un poco. Y luego te marchas, eso es todo lo que tienes que hacer.

—No te comprendo mucho... excepto que tengo que representar el papel de mi hermana.

—Con eso es más que suficiente.

CAPÍTULO XVII

Jay salió antes que la muchacha y llegó al «Grantham's»

alrededor de las doce y cuarto. Buscó un lugar discreto en una mesa situada al fondo, desde la cual, sin embargo, podía divisar todo el mostrador, y pidió una taza de café.

Mantuvo la vista obstinadamente fija en el mostrador. De pronto, oyó una voz:

—¿Qué tal, periodista?

Levantó la cabeza. Berryan y el sargento Martino estaban a su lado.

—¿Qué haces por aquí, Jay?

—Esperando el «*ferry-boat*» —contestó el joven volublemente.

Berryan tomó una silla y se sentó. Martino le imitó.

—Lo esperamos juntos, ¿te parece? ¡Mozo, dos tazas de café!

—Al momento, señor.

Jay jugueteó unos instantes con la cucharilla.

—No puedo echarles a patadas, como sería mi más vivo deseo, pero sí quiero pedirles un favor. Estoy haciendo un experimento. Traten de ser discretos. Usted, Martino, haga el favor de ponerse frente a mí. No lo puede remediar, pero se huele a cien leguas que es usted un policía.

El sargento consultó con la vista a su superior. Berryan asintió.

Martino corrió ligeramente la silla. De este modo, daba la espalda al mostrador y, además, cubría al joven casi por completo. Jay tenía que mirar por encima de los hombros del sargento, cosa que le favorecía, ya que le ocultaba todo el cuerpo menos los ojos.

—¿Qué diablos te propones, Jay? —masculló el oficial de policía.

—Atrapar a un asesino —contestó él sin inmutarse.

El camarero trajo las tazas de café. Berryan se bebió la mitad del contenido de la suya.

—¿El asesino de Janice Peterson?

—¿Y quién ha dicho que Janice Peterson haya muerto? —exclamó Jay, sonriente.

Berryan pegó un respingo.

—Oye, periodista de todos los demonios; si tienes ganas de burlarte de mí...

—¿Estás seguro de que Janice Peterson murió?

—¡Condenación! ¿Es que no viste tú mismo su cadáver?

—Bueno, en todo caso, es un cadáver que ha resucitado, Berryan.

—¡No digas estupideces! ¡La puñalada fue mortal!

—¿De veras? —Jay se llevó la taza a los labios—. Mira hacia el mostrador un momento, pero ¡cuidado!, no saltes en el asiento.

Berryan volvió la vista un instante.

—¡Cristo! —exclamó en voz baja—. ¡Si es la propia Janice Peterson!

El barman estaba frente a la muchacha, agarrándose con manos crispadas al filo del mostrador. Sus ojos aparecían como desorbitados.

—Así es —murmuró Jay—. Ahí tienes a la muerta.

—Martino —dijo el teniente—. Mire usted, pero con discreción.

El sargento obedeció. Sus ojos se dilataron por el asombro.

Myra estaba en el mostrador, tomándose tranquilamente su bocadillo y su taza de café.

—Bueno —gruñó Berryan—, ¿quieres explicarte de una vez?

—¿Qué explicación tengo que darte? Ninguna; ahí tienes a la propia Janice Peterson, eso es todo.

Impulsivamente, Berryan fue a levantarse, pero el periodista le agarró por un brazo.

—Escucha, hubo una muerte, eso es indiscutible. Y tú querrás pescar al asesino, ¿no es así?

Los ojos de Berryan centellearon.

—Claro —masculló.

—Entonces, deja que la chica siga actuando. No te preocupes, no escapará de aquí; bueno, me refiero a la ciudad. A propósito, ¿sabes

que «Shooting» Bill está liado también en el asunto de las drogas? Es el que ordenó ametrallar a Chick, el barman del «Doryanna». Tenía un testigo, pero se me escapó.

—¿Quién?

—Clarissa Henks, la chica del guardarropa del «Alpine».

—Ya sé quién es —masculló el teniente—. Pero ahora, toda mi atención se concentra en Janice Peterson. La seguiré y...

—Tú no harás nada de eso, Berryan, o lo echarás todo a perder. Escucha, te voy a servir al asesino en bandeja. No me estropees el plan; para ti la gloria de la detención y para mí el reportaje. ¿De acuerdo?

Berryan vaciló. Al fin tomó una decisión.

—¡De acuerdo! ¡Habla!

El relato de Jay duró muy poco. Al fin, Berryan, aunque a regañadientes, terminó asintiendo.

—Conforme. Pero si sale mal, ya puedes emigrar, porque te encerraré a ti...

—¡Calla! —dijo él—. Janice Peterson se marcha.

Myra abonaba en aquel momento el importe de su consumición. Se ajustó el cinturón del impermeable y salió.

El barman se frotó los ojos con fuerza. No sabía aún con certeza si estaba soñando o despierto.

—Esperemos unos minutos todavía —dijo Jay—. Es preciso esperar a que se despeje el panorama.

Poco a poco, el

«Grantham's»

fue perdiendo concurrencia. Los empleados volvían a sus despachos y tiendas. Hasta bien pasada la una del mediodía, Jay no consintió en moverse de allí.

Cuando lo creyó oportuno, se puso en pie. Dejó unas monedas sobre el mostrador.

—Bueno, muchachos, no lo olviden: les dejaré detener al asesino, pero permitan que sea yo el que cierre la puerta de la trampa. ¿Entendidos?

—Jay, piensa en que tengo mujer e hijos —dijo el policía lúgubrementemente—. Si fallas, me veo en la indigencia.

—Espero que me invites a una copa el día en que, como premio, te asciendan a capitán. Beberemos a la salud del asesino.

Berryan se estremeció.

—No me hagas pensar en ello o me arrepentiré.

Jay salió a continuación y se dirigió rápidamente a casa de Myra.

La muchacha le esperaba, devorada por la impaciencia. Apenas le vio entrar se le colgó al cuello.

—¡Oh, Jay, qué miedo tan espantoso he pasado! El barman... creí que se iba a desmayar... y... luego... No estoy segura, pero me parece que me han seguido hasta aquí.

—Es lógico. El asesino te ha visto en el
«Grantham's»

y querría saber dónde se ha escondido Janice Peterson, ya que ahora se siente terriblemente desconcertado al darse cuenta de que no la ha matado. Mejor dicho, cree que no fue ella quien murió, sino una doble. ¿Comprendes?

—Y ahora... querrá asegurarse y vendrá aquí.

—Por supuesto. Ésta es la trampa, y tú el cebo, Myra.

Ella se le apretó con fuerza, escondiendo el rostro en su pecho.

—Tengo miedo, Jay, mucho miedo —musitó, estremecida de pies a cabeza.

El joven tomó su barbilla y la obligó a alzar la cabeza, Los ojos de Myra estaban cubiertos de lágrimas.

—Estoy yo aquí contigo, querida. —Y la besó suavemente, para infundirla ánimos.

En aquel momento, sonaron unos golpes sordos. Jay rió.

—¡Vaya, nos habíamos olvidado de la prisionera! Voy a verla un momento.

Comprobó que Alma continuaba en buen estado y que sus ligaduras no habían cedido en lo más mínimo, y luego volvió al lado de Myra.

El resto del día transcurrió lentamente. Al caer la tarde, se reanudó la lluvia.

Pasaron las horas. Dieron las siete, las ocho... Jay empezó a creer que su trampa no había surtido efecto.

Myra estaba nerviosísima. No hacía más que ir de un lado para otro, poniéndose en pie, sentándose y fumando casi de continuo. Los ceniceros tuvieron que ser vaciados varias veces.

En el reloj de una iglesia próxima sonaron las diez de la noche.

Las campanadas retumbaron opacas, amortiguadas por la lluvia.

Una racha de viento hizo vibrar los cristales. De pronto, en el piso inferior sonó un ligero golpe.

Myra se irguió como sacudida por una descarga eléctrica. Jay la agarró por un brazo, obligándola a sentarse de nuevo en el diván.

Aplicó los labios a su oído.

—Conserva la serenidad por encima de todo y recuerda bien todo lo que te he dicho. No se te ocurra mirar hacia donde estoy yo, ¿comprendes?

Ella asintió con nervioso pestañeo. Pisando de puntillas, Jay se dirigió a la pared frontera, situándose al lado opuesto de la puerta.

Crujió un peldaño. Jay contempló a la muchacha, sentada en el diván, erecta, con los dedos engarfiados en el acolchado del asiento.

Alguien subía lentamente. Oyó que el asesino abría con leve gañido. Los pasos se detuvieron un instante.

Jay oprimió con fuerza el revólver que había arrebatado a la pelirroja. De pronto, sintió que tenía la boca seca.

Los pasos se acercaron. Oyó que el asesino abría una o dos puertas, sin resultado positivo.

El asesino se acercó a la puerta del estudio. Fascinada, Myra observó el lento giro del picaporte. Sintió que el corazón le bataneaba alocadamente dentro del pecho.

La puerta se abrió y el asesino penetró en la estancia.

—Hola, Janice Peterson —saludó.

Myra tragó saliva.

—Ho... la, señor

O'Moyne.

CAPÍTULO XVIII

El gerente de la Compañía de seguros tenía una pistola automática en la mano, con la cual encañonó a la muchacha.

—Es una lástima que tenga que matarla por segunda vez, señorita Peterson. Me engañó la primera, pero no lo hará la segunda, se lo aseguro —afirmó O'Moyne.

Y, de pronto, Myra se sintió invadida por una extraña tranquilidad.

Se echó a reír y exclamó:

—¿Quién ha dicho que no vaya a engañarle otra vez, señor O'Moyne?

Si no es de ese modo, ¿por qué ha venido aquí?

O'Moyne

frunció los labios.

—¿Qué es lo que pretende usted, señorita Peterson?

—Desenmascararle y hacer que se le castigue por el asesinato de mi hermana —dijo ella con voz firme.

—¡Ah! De modo que era su hermana.

Myra se arrancó de un golpe la peluca.

—Sí —exclamó—. Ella era Janice y usted la mató. ¿Por qué?

El gerente se llevó una enorme sorpresa.

—¡Condenación! ¡Todo ha sido una trampa!

—Usted lo ha dicho —manifestó Myra enérgicamente—. Una trampa para descubrirle. Creyó que mi hermana había enviado a una doble el día en que la asesinó y no fue así; ella resultó la muerta. Y usted la mató. ¿Por qué?

Los dientes de

O'Moyne

crujieron.

—En toda organización se necesita un mínimo de disciplina — masculló—. Y su hermana se había salido de ella. Era preciso eliminarla.

—Y eliminar también a los que sabían algo del asunto y podían ser peligrosos, como Bart Clary quien, aunque fuese un canalla, la amaba; y Chick, el barman, por haber hablado con el periodista; y el hombre que llevaba la mercancía, para que no pudiera hablar cuando lo detuvieran; y la señora Murrill, porque se espantó y temía que también hablase... Una cadena de crímenes que han tenido ya su fin, señor O'Moyne.

—Por supuesto, porque terminaré con usted, señorita Peterson. De este modo, no podrá delatarme.

—¿Está seguro? —sonrió ella desdeñosamente—. Olvidó al periodista.

O'Moyne

se pellizcó el labio inferior pensativamente.

—Armand sufrirá un accidente muy pronto —dijo.

—No se encargará «Shooting» Bill de ello, ¿verdad? A estas horas está detenido ya, junto con toda la pandilla, incluida Clarissa Henk. Le veo muy mal, señor

O'Moyne,

muy mal, digámoslo con toda franqueza.

El gerente de la «Cortons Insurance» respingó. Se rehízo muy pronto, sin embargo.

—Su situación es mucho peor, señorita Peterson, porque voy a matarla. Es probable que me vea en apuros, pero podré librarme. Nadie me ha seguido ni nadie me relacionará con usted ni, mucho menos, con su hermana, por supuesto.

Myra fingió quedarse pensativa.

—Así que cuando decidió matar a Janice, atravesó el pasillo secreto que conduce a la oficina de la «Byngton» y salió a la calle, utilizando el ascensor del edificio contiguo y lo mismo hizo para regresar. No podía bajar en el otro ascensor, porque había mozo y le hubiera visto, cosa que podía haberle comprometido. De este modo, sabiendo el momento exacto en que mi hermana bajaba a tomar el «lunch» del mediodía, usted salió de su despacho y la asesinó

delante de cientos de personas, sin que nadie la viera. Es fácil esconder un puñal... un abrecartas, por ejemplo, en la manga del impermeable, ¿no?

O'Moyne

sonrió.

—Me sorprende su clarividencia, señorita Peterson.

—De modo que usted cree que matándome a mí ha resuelto sus problemas.

—Por lo menos, el relacionado con la muerte de su hermana. El de las drogas... ya será un poco más difícil probármelo. Y en el peor de los casos, nunca podría acarrearle una sentencia irreparable.

—Pero usted olvida que tengo un testigo que declarará contra usted, un testigo que, con tal de salvar su cuello de la soga, dirá que salió a través de su despacho a la calle, por el mismo despacho que les servía de tapadera para su negocio de drogas.

O'Moyne

se sintió repentinamente inseguro.

—¿Quién es ese testigo?

—Alma Byngton. La tengo escondida, prisionera. Y cuando se vea ante la policía, hablará... y mucho, créame, señor

O'Moyne.

La mano del asesino se crispó sobre la culata de su pistola.

—¡Basta! —Gruñó—. Acabemos de una vez...

—¡Un momento! —exclamó la muchacha—. Acláreme antes lo que significaban las contraseñas que recibía Chick.

—Eran los lugares donde tenía que entregarse la droga.

—¿Y el hombre del pañuelo verde?

—Era el mensajero.

—Y el pañuelo verde, servía para decirle a usted que todo estaba listo, que el campo estaba despejado.

—Así era.

Myra se puso en pie lentamente.

—Bien —dijo—, creo que su carrera criminal ha acabado ya, señor

O'Moyne,

Ha dicho todo lo que quería saber...

—... Y que usted no repetirá a nadie.

—¿Está seguro? —exclamó Jay de pronto.

La reacción de
O'Moyne
resultó tan rápida como inesperada. Giró velocísimamente sobre sus talones y disparó contra el joven.

Jay intuyó el gesto y se dejó caer al suelo de costado. La bala se estrelló contra la pared.

O'Moyne
lanzó un grito de rabia al ver que su disparo había fallado. Se dispuso a corregir su puntería.

Jay se vio perdido. Al caer, su codo chocó dolorosamente contra el suelo. La mano se le quedó sin fuerza y el revólver se le escapó de entre los dedos.

Fríamente, con una sonrisa de satisfacción pintada en los labios,
O'Moyne
apuntó rectamente a la cabeza del periodista.

Estalló un disparo. Y luego otro y otro.

O'Moyne
se tambaleó. La pistola que empuñaba chocó contra el suelo.

Se agarró el pecho con ambas manos. De pronto, giró en redondo y se desplomó de bruces, sin un solo movimiento más.

Al caer, extendió su brazo derecho. Algo le salió fuera de la manga; era un puñal de hoja aguda y cortante.

Myra se lanzó a los brazos de Jay, temblando de pies a cabeza. El periodista procuró tranquilizarla.

Berryan y Martino penetraron en la estancia. El teniente guardó su pistola y meneó la cabeza.

—¿Dónde está la Byngton? —preguntó.

Jay les indicó el cuartito, donde unos pies golpeaban furiosamente la puerta. Martino se dirigió hacia aquel lugar.

Jay rodeó con el brazo los hombros de la muchacha. Los temblores de Myra iban cesando poco a poco.

—Has estado muy bien —elogió—. Ya dije que te convertiría en actriz de teatro.

Ella trató de sonreír.

—Pero no lo repitas más —murmuró.

—Claro —contestó Jay—. Ahora, vamos a un sitio donde puedas tranquilizarte y esperar a que yo redacte mi crónica para el «Leader».

—Sí, Jay.

—Después, hablaremos mucho. Pero de nosotros mismos.

Myra sonrió.

—Desde luego, Jay.

Se encaminaron hacia la puerta. A punto de llegar a ella, Jay se volvió.

Sacó un dólar del bolsillo y se lo entregó al policía.

—Toma, dale esto en mi nombre a «Caronte» Smith.

Berryan hizo saltar la moneda en la palma de la mano.

—Sí. Para que beba a la salud del asesino.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales. —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.